Slavoj Žižek

Mis chistes, mi filosofía

Lectulandia

Slavoj Žižek, a quien se ha calificado del «filósofo más peligroso de Occidente», resulta ser también el más divertido. Pero aquí, naturalmente, la palabra divertido no es sólo cuestión de risa (que también), sino que implica una actitud irónica, subversiva, reflexiva y comprometida. El presente libro reúne 107 chistes, desperdigados por toda la obra de Žižek, en un volumen que parece dar la razón a la frase de Wittgenstein: «Una obra filosófica seria debería estar compuesta enteramente de chistes». No hay mejor vehículo que el chiste para ayudarnos a comprender las trampas del lenguaje, para hacernos pensar con una sonrisa o una carcajada, para colocarnos delante el espejo de nuestro propio yo y de la sociedad, pues el chiste es siempre una proyección del subconsciente colectivo, de sus miedos, de sus odios, de todo aquello que el estado reprime y acaba aflorando en un estallido de libertad e insolencia.

Pero en los chistes de Žižek encontramos también un compendio bufo de la historia occidental de los últimos cincuenta años: desde el socialismo real (aquí ya convertido en irreal) hasta el capitalismo siempre irreal, donde Lenin, Brézhnev, Bush, Juan Pablo II, Jesús, Clinton aparecen como personajes del envés de la historia, y en su parodia ofrecen su faz más auténtica. Las ideas preconcebidas, el feminismo, la prostitución, el adulterio, la religión («desde la perspectiva teológica, Dios es el bromista supremo», dice Žižek) se someten a una meticulosa y jocosa demolición. Su marxismo bebe tanto de Groucho como de Karl, y ambos se hermanan de tal modo que parece que ya no puedan existir el uno sin el otro, pasando a acompañar a Lacan, Freud, Hegel o Heidegger, cuatro de los filósofos de cabecera de Žižek en su deconstrucción de lo que llamamos «verdad», mostrando su aspecto más estrambótico y sin olvidar que, como decía Guy Debord, «lo verdadero es un momento de lo falso».

En este libro encontramos una vez más ese afinado cóctel marca de la casa entre erudición y cultura popular, humor y reflexión, ligereza y profundidad: ahora el dialéctico se viste de comediante y nos deja con una sonrisa (a veces helada) en la boca.

Lectulandia

Slavoj Žižek

Mis chistes, mi filosofía

ePub r1.0
Titivillus 27.02.16

Título original: *Žižek's Jokes*
Slavoj Žižek, 2014
Traducción: Damià Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A no ser que se indique lo contrario, todos los chistes proceden de manuscritos inéditos. Los títulos en español de los libros mencionados aparecen en la bibliografía final.

A MODO DE INTRODUCCIÓN: EL PAPEL DE LOS CHISTES EN LA TRANSFORMACIÓN DEL HOMBRE EN MONO

Uno de los mitos más extendidos de la última época de los regímenes comunistas de Europa del Este era que existía un departamento de la policía secreta cuya función era (no reunir, sino) inventar y poner en circulación chistes políticos contra el régimen y sus representantes, pues eran conscientes de la positiva función estabilizadora de los chistes (los chistes políticos le proporcionan a la gente corriente una manera fácil y tolerable de desahogarse, de mitigar sus frustraciones). Aunque se trata de un mito atractivo, pasa por alto un rasgo rara vez mencionado pero sin embargo crucial de los chistes: parece que siempre carecen de autor, como si la pregunta: «¿Quién es el autor de este chiste?» fuera imposible. En su origen, los chistes «se cuentan», siempre ocurre que ya se han «oído» (recordemos la proverbial expresión «¿Sabes el chiste de…?»). Ahí reside su misterio: son idiosincrásicos, representan una singular creatividad del lenguaje, y sin embargo son «colectivos», anónimos, sin autor, de repente aparecen de la nada. La idea de que tiene que existir un autor es convenientemente paranoica: significa que tiene que haber un «Otro del Otro», del anónimo orden simbólico, como si el mismísimo poder generativo del lenguaje, contingente e insondable, tuviera que personalizarse, localizado en un agente que lo controla y en secreto maneja los hilos. Por eso, desde la perspectiva teológica, Dios es el bromista supremo. Ésa es la tesis del delicioso relato de Isaac Asimov, «El bromista», acerca de un grupo de historiadores del lenguaje que, a fin de sustentar la hipótesis de que Dios creó al hombre a partir de los monos contándoles a éstos un chiste (les contó a los monos, que hasta ese momento simplemente habían intercambiado signos animales, el primer chiste que hizo nacer el espíritu), intentan reconstruir ese chiste, la «madre de todos los chistes». (Por cierto, para un miembro de la tradición judeo-cristiana, esta labor es superflua, puesto que todos sabemos cuál era ese chiste: «¡No comas del árbol del conocimiento!». La primera prohibición que claramente es un chiste, una desconcertante tentación cuyo sentido no está claro)[1].

TRES BLANCOS Y DOS NEGROS

Deberíamos releer el texto de Lacan sobre el tiempo lógico, donde nos ofrece una brillante interpretación del acertijo lógico de los tres prisioneros. Lo que no se conoce tanto es que la forma original de ese acertijo procede del libertinaje francés del siglo XVIII, con su mezcla de sexo y fría lógica (que culmina en Sade). En esta versión sexualizada, el director de una cárcel para mujeres ha decidido que le concederá la amnistía a una de tres presas; la ganadora se decidirá mediante un test de inteligencia. Las tres mujeres se colocarán formando un triángulo en torno a una gran mesa redonda; las tres irán desnudas de cintura para abajo y se inclinarán sobre la mesa para permitir una penetración *a tergo*. Cada una de las mujeres será penetrada por detrás por un negro o un blanco, de manera que sólo podrá ver el color de los hombres que penetran a las otras dos mujeres que tiene delante; todo lo que sabrá es que, para su experimento, el alcaide de la prisión sólo dispone de cinco hombres, tres blancos y dos negros. Teniendo en cuenta estas restricciones, la ganadora será la mujer que primero pueda determinar el color del hombre que se la está follando. Entonces podrá apartarlo y salir de la habitación. Éstos son los tres casos posibles, de creciente complejidad:

• En el primer caso, hay dos negros y un blanco follándose a las mujeres. Puesto que la mujer follada por un blanco sabe que sólo hay dos negros entre los cinco hombres, inmediatamente puede levantarse y salir de la habitación.

• En el segundo caso, hay un negro y dos blancos follando. Las dos mujeres folladas por blancos pueden ver, por tanto, a un negro y un blanco. La mujer follada por un negro puede ver a dos blancos, pero —al participar tres blancos en la prueba— no puede levantarse de inmediato. La única manera de obtener un ganador en este segundo caso es que una de las dos mujeres folladas por un blanco razone de la siguiente manera: «Puedo ver a un blanco y un negro, de manera que el tipo que me está follando podría ser blanco o negro. Sin embargo, si mi follador fuera negro, la mujer que está delante de mí follada por un blanco vería a dos negros, y de inmediato concluiría que su follador es blanco, por lo que se habría levantado y habría salido de inmediato. Pero no lo ha hecho, por lo tanto mi follador ha de ser blanco».

• En el tercer caso, cada una de las tres mujeres es follada por un blanco y, por consiguiente, cada una de ellas ve a dos blancos. Por tanto, cada una de ellas puede razonar del mismo modo que el ganador del caso 2, de la siguiente manera: «Puedo ver a dos hombres blancos, por lo que el hombre que me está follando puede ser blanco o negro. Pero si el mío fuera negro, cualquiera de las otras dos mujeres podría razonar (como en el caso del ganador en 2): “Veo a un blanco y a un negro. Por lo que si mi follador es negro, la mujer follada por un blanco vería a dos negros, y de

inmediato concluiría que su follador es blanco y se marcharía. Pero no lo ha hecho, por lo que mi follador ha de ser blanco". Pero puesto que ninguna de las otras dos se ha levantado, mi follador no debe de ser negro, sino también blanco».

Pero aquí entra en juego el tiempo lógico. Si las tres mujeres poseyeran la misma inteligencia y se levantaran al mismo tiempo, ello las sumiría en una radical incertidumbre acerca de quién se las está follando. ¿Por qué? Ninguna de las tres mujeres podría saber si las otras dos se han levantado de resultas del mismo razonamiento, puesto que estaban siendo folladas por un blanco, o si cada una de ellas ha razonado como la ganadora del segundo caso, porque estaba siendo follada por un negro. La ganadora será la mujer que primero interprete correctamente esta indecisión y llegue a la conclusión que indica que las tres están siendo folladas por blancos.

El premio de consolación para las otras dos mujeres será que al menos habrán sido folladas hasta el final, y ese hecho adquiere su significado en el momento en que uno se da cuenta de la sobredeterminación política de esta elección de hombres: entre las damas de clase alta de mediados del siglo XVIII en Francia, los negros, como es de suponer, eran socialmente inaceptables como pareja sexual, pero codiciados como amantes secretos por su presunta mayor potencia y sus penes supuestamente extragrandes. En consecuencia, ser follada por un blanco supone una relación sexual socialmente aceptable pero íntimamente insatisfactoria, mientras que ser follada por un negro es una relación sexual socialmente inadmisible pero mucho más satisfactoria. Sin embargo, esta elección es más compleja de lo que podría parecer, puesto que, en la actividad sexual, *siempre está presente la mirada de la fantasía que nos observa*. El mensaje del acertijo lógico se vuelve así más ambiguo: las tres mujeres se miran entre sí mientras mantienen relaciones sexuales, y lo que tienen que establecer no es sólo: «¿Quién me está follando, un blanco o un negro?», sino más bien: «¿Qué soy para la mirada del Otro mientras me follan?», como si su mismísima identidad se estableciera a través de esa mirada.

LA FUNCIÓN DE LA REPETICIÓN queda perfectamente ejemplificada en un viejo chiste de la época socialista, en el que un político yugoslavo va de visita a Alemania. Cuando el tren pasa por una ciudad, le pregunta a su guía: «¿Qué ciudad es ésta?». El guía le contesta: «Baden-Baden». El político le responde de mala manera: «¡No soy idiota, no hace falta que me lo diga dos veces!».

UN IDIOTA ESNOB va a un restaurante caro, y cuando el camarero le pregunta: «*Hors d'œuvre?*», le contesta: «¡No, no estoy sin trabajo, gano lo suficiente como para poder permitirme comer aquí!». Entonces el camarero le explica que se refiere al entrante, y le ofrece jamón crudo: «*Du jambon cru?*». El idiota le replica: «No, no creo que fuera jamón lo que tomé la última vez que estuve aquí. Pero de acuerdo, hoy lo tomaré, ¡y rápido, por favor!». El camarero lo tranquiliza: «*J'ai hâte de vous servir!*», a lo que el idiota le contesta con malos modos: «¿Por qué odia servirme? ¡Le daré una buena propina!». Y así continúan hasta que finalmente el idiota se da cuenta de que su conocimiento del francés es limitado; para restaurar su reputación y demostrar que es un hombre de cultura, decide, cuando llega el momento de salir del restaurante, desearle buenas noches al camarero no en francés —«*Bonne nuit!*»—, temiendo meter la pata de nuevo, sino en latín: «*Nota bene!*».

¿Acaso los diálogos en la filosofía no funcionan de manera parecida, sobre todo cuando un filósofo pretende criticar a otro? ¿Acaso la crítica de Aristóteles a Platón no es sino una serie de «*Nota bene!*», por no mencionar la crítica de Marx a Hegel, etc., etc.?

UNO SE PUEDE IMAGINAR A LA PERFECCIÓN una versión de veras obscena del chiste de los «aristócratas» que supere fácilmente toda la vulgaridad de los miembros de la familia vomitando, cagando, fornicando y humillándose unos a otros de todas las maneras posibles: cuando se les pide que actúen, le imparten al director un breve curso de pensamiento hegeliano, debatiendo el verdadero significado de la negatividad, de la sublimación, del conocimiento absoluto, etc., y cuando el sorprendido director les pregunta cuál es el nombre de su extraño espectáculo, le contestan entusiasmados: «¡Los aristócratas!». De hecho, parafraseando la cita de Brecht «¿Qué es robar un banco comparado con fundar uno?»: ¿qué tiene de escandaloso que los miembros de una familia se caguen mutuamente en la boca en comparación con el escándalo de una buena inversión dialéctica? Así, quizá uno debería darle la vuelta al título del chiste: la familia se presenta ante el director de un club nocturno especializado en espectáculos pornográficos, representa su diálogo hegeliano, y, cuando le preguntan cuál es el título de ese extraño espectáculo, exclama entusiasmada: «¡Los pervertidos!».

HAY UN CHISTE AGRADABLEMENTE VULGAR acerca de Cristo: la noche antes de que lo arresten y lo crucifiquen, sus seguidores comienzan a preocuparse: Cristo todavía es virgen; ¿no sería bonito que tuviera una experiencia un poco agradable antes de morir? Así que le piden a María Magdalena que vaya a la tienda donde Cristo está descansando y lo seduzca; María dice que lo hará encantada y entra, pero cinco minutos después sale chillando, aterrada y furiosa. Los seguidores de Cristo le preguntan qué ha pasado, y ella les contesta: «Me he desvestido poco a poco, he abierto las piernas y le he enseñado el coño a Cristo; él se lo ha quedado mirando y ha dicho: "¡Qué herida tan terrible! ¡Deberíamos curarla!", y suavemente ha colocado encima la palma de la mano».

Así que hay que andarse con ojo con la gente demasiado empeñada en curar las heridas de los demás: ¿y si uno disfruta de su propia herida? Justo de la misma manera, la curación directa de la herida del colonialismo (regresar con todas las de la ley a la realidad precolonial) sería una pesadilla: si los indios de hoy en día se encontraran en la realidad precolonial, sin duda proferirían el mismo grito aterrado de María Magdalena.

HAY OTRO CHISTE BASTANTE BUENO ACERCA DE JESUCRISTO: a fin de relajarse tras su ardua labor de predicar y obrar milagros, Jesús decide tomarse un descanso a orillas del mar de Galilea. Durante una partida de golf con uno de los apóstoles, se encuentra con que ha de llevar a cabo un golpe complicado; Jesús lo hace mal y la pelota termina en el agua. Así que recurre a su truco habitual: camina sobre las aguas hasta donde está la pelota, se agacha y la recoge. Cuando Jesús intenta repetir el golpe, el apóstol le dice que es muy difícil: sólo alguien como Tiger Woods puede conseguirlo; Jesús le contesta: «¡Qué demonios, soy el hijo de Dios, puedo hacer cualquier cosa que haga Tiger Woods!», y repite el golpe. La pelota acaba de nuevo en el agua, de manera que Jesús vuelve a caminar sobre su superficie para recuperarla. En ese momento, pasa por allí un grupo de turistas americanos, y uno de ellos, al observar lo que ocurre, se vuelve hacia el apóstol y le dice: «Dios mío, ¿quién es ese tipo? ¿Es que se cree Jesús o qué?». A lo que el apóstol le contesta: «No, el muy gilipollas se cree Tiger Woods!».

Así es como funciona la identificación fantasmática: nadie, ni siquiera el propio Dios, es directamente lo que es; todo el mundo necesita un punto de identificación externo y descentrado.

HAY TRES RAZONES que nos permiten asegurar que Jesucristo procedía de una familia judía: (1) prosiguió la profesión de su padre; (2) su madre creía que su hijo era Dios; (3) era incapaz de imaginar a sus padres manteniendo relaciones sexuales.

¿CÓMO PODEMOS ESTAR SEGUROS de que Judas traicionó realmente a Jesucristo? Pensemos lo que pensemos de los judíos, son gente que conoce el valor de las cosas que venden, ¡y ningún judío vendería a un dios por unos meros 30 talentos de plata!

A MEDIADOS DE LA DÉCADA DE LOS TREINTA, en el Politburó de los bolcheviques se libra un encendido debate: ¿existirá el dinero en el comunismo o no? Los trotskistas, que están a la izquierda, afirman que el dinero no existirá, pues sólo es necesario en sociedades donde existe la propiedad privada, mientras que los partidarios de Bujarin, más derechistas, afirman que por supuesto que existirá el dinero en el comunismo, puesto que toda sociedad compleja necesita dinero para regular el intercambio de productos. Cuando finalmente interviene el camarada Stalin, rechaza tanto la desviación izquierdista como la derechista, afirmando que la verdad es siempre una síntesis dialéctica superior de los opuestos. Cuando otro miembro del Politburó le pregunta cómo será esa síntesis, Stalin responde con mucha calma: «Existirá el dinero y no existirá. Algunos tendrán dinero, y otros no».

EL DESPLAZAMIENTO CRUCIAL en la «negación de la negación» es, por tanto, un cambio inesperado del mismísimo terreno: este cambio socava la posición del sujeto, y lo implica en la acción de una manera nueva y mucho más directa. He aquí una interesante muestra de uno de esos cambios: en una reunión del Partido Comunista local en Moscú, Petrov está leyendo un informe interminable. Cuando observa a un hombre evidentemente aburrido en la primera fila, le pregunta: «Eh, tú, ¿sabes quién es este tal Bulianov de quien estoy hablando?». «No tengo ni idea de quién es», le contesta el hombre, y Petrov le espeta: «¡Ves, si vinieras más a menudo a las reuniones del partido y prestaras más atención, sabrías quién es Bulianov!». Entonces el hombre le contesta en el mismo tono: «Y tú, Petrov, ¿sabes quién es Andréiev?». Petrov le contesta: «No, no sé quién es Andréiev». El hombre concluye sin perder la calma: «Si no asistieras tanto a las reuniones del partido y escucharas con más atención lo que ocurre en tu casa, ¡sabrías que Andréiev es el tipo que se está follando a tu mujer mientras tú pronuncias tus aburridos discursos!».

UN GIRO INESPERADO SIMILAR hacia la vulgaridad lo encontramos en un chiste de mediados de la década de los noventa que celebra la capacidad de seducción de Bill Clinton: Clinton y el Papa mueren el mismo día; sin embargo, debido a la confusión que reina en la administración divina, Clinton acaba en el cielo, y el Papa en el infierno. Al cabo de un par de días, alguien se da cuenta del error y ordena que los dos intercambien sus lugares. Ambos se encuentran un momento delante del ascensor que conecta el cielo y el infierno. Al ver a Clinton que vuelve del cielo, el Papa le pregunta: «Dígame, ¿cómo es la Virgen María? ¡Estoy impaciente por conocerla!». Con una sonrisita, Clinton contesta: «Lo siento, pero ya no es virgen».

EL SIGNIFICADO DE UNA ESCENA puede cambiar completamente si se da un desplazamiento en el punto subjetivo, tal como ocurre en un clásico chiste soviético en el que Brézhnev muere y va al infierno; sin embargo, puesto que ha sido un gran líder, se le concede el privilegio de darse una vuelta por él y escoger habitación. El guía abre una puerta, y Brézhnev, al ver a Kruschev sentado en un sofá, besando y magreando apasionadamente a Marilyn Monroe, a la que tiene sobre su regazo, exclama con gran alegría: «¡No me importaría quedarme en esta habitación!». A lo que el guía le replica: «¡No se precipite, camarada! ¡Ésta no es la habitación de Kruschev, sino la de Marilyn Monroe!».

UN CHISTE DE PRINCIPIOS DE LOS AÑOS SESENTA nos transmite perfectamente la paradoja de las creencias que se dan por supuestas. Después de que Yuri Gagarin, el primer cosmonauta, lleve a cabo su visita al espacio, es recibido por Nikita Kruschev, el secretario general del Partido Comunista, al que le dice, de manera confidencial: «¿Sabe, camarada, que allí arriba, en el espacio, vi el cielo, con Dios y los ángeles? ¡El cristianismo tenía razón!». Kruschev le responde en un susurro: «¡Lo sé, lo sé, pero no diga nada, no se lo cuente a nadie!». A la semana siguiente, Gagarin visita el Vaticano y es recibido por el Papa, al que le confiesa: «Sabe, Santo Padre, he estado en el cielo, y no he visto ni a Dios ni a los ángeles…». «Lo sé, lo sé», le interrumpe el Papa, «¡pero no diga nada, no se lo cuente a nadie!».

UNO PUEDE INCLUSO CONVERTIR en una tríada hegeliana los versículos del Salmo 23:4: «Aunque pase por el valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan». Su primera negación habría sido una inversión radical de la posición subjetiva, como una versión rapera del gueto: «Aunque pase por el valle tenebroso, ningún mal temeré, ¡pues soy el cabrón más hijo de puta de todo el valle!». Entonces aparece la negación de la negación que transforma todo el campo «deconstruyendo» la oposición entre el Bien y el Mal: «Aunque pase por el valle tenebroso, ningún mal temeré, ¡pues sé que el Bien y el Mal no son más que unos opuestos binarios metafísicos!».

LA LÓGICA DE LA TRÍADA HEGELIANA se puede transmitir perfectamente mediante las tres versiones de la relación entre el sexo y las migrañas. Comencemos con la escena clásica: un hombre quiere tener relaciones con su mujer, y ella le contesta: «Lo siento, cariño, pero tengo una terrible migraña, ¡ahora no puedo hacerlo!». Esta posición de arranque es negada/invertida con el apogeo de la liberación feminista: ahora es la esposa la que exige sexo, y el pobre hombre, cansado, el que contesta: «Lo siento, querida, tengo una terrible migraña…». En el momento concluyente de la negación de la negación que de nuevo invierte toda la lógica, transformando esta vez el argumento en contra en un argumento a favor, la mujer afirma: «Cariño, tengo una terrible migraña, ¡así que vamos a hacerlo para que se me pase!». Y uno incluso puede imaginarse un momento bastante depresivo de negatividad radical entre la segunda y la tercera versión: tanto el marido como la mujer sufren migraña, y acuerdan simplemente tomarse una taza de té.

DESPUÉS DE QUE ORFEO SE DÉ LA VUELTA para echarle una mirada a Eurídice, y con ello perderla, la Divinidad le consuela; cierto, él ha perdido a una persona de carne y hueso, pero a partir de entonces será capaz de distinguir sus hermosos rasgos en todas partes, en las estrellas del cielo, en el brillo del rocío de la mañana. Orfeo acepta enseguida el provecho narcisista de esta inversión: se extasía con la glorificación poética de Eurídice, que yace ante él; por expresarlo de manera sucinta: él ya no la ama A ELLA, lo que ama es la visión de SÍ MISMO demostrando su amor por ella.

Esto, naturalmente, proyecta una nueva luz cómica sobre la eterna pregunta de por qué Orfeo vuelve la mirada y la caga de esa manera. Lo que encontramos aquí no es más que el vínculo entre la pulsión de muerte y la sublimación creativa: el hecho de que Orfeo vuelva la mirada es un acto perverso stricto sensu; pierde a Eurídice de manera intencionada a fin de recuperarla como objeto de sublime inspiración poética. (Esta idea fue desarrollada por Klaus Theweleit). Pero ¿no deberíamos dar un paso más? ¿Y si fue la propia Eurídice, consciente del callejón sin salida de su amado Orfeo, la que de manera intencionada provocó que él se diera la vuelta? ¿Y si su razonamiento fue más o menos el siguiente?: «Sé que me ama, pero es en potencia un gran poeta, ése es su destino, y si no puede cumplirlo por el hecho de estar felizmente casado conmigo, entonces la única salida ética que me queda es sacrificarme, conseguir que se dé la vuelta y me pierda, así podrá convertirse en el gran poeta que merece ser». En ese momento, ella profiere una tosecilla o algo parecido para llamar la atención de su Orfeo.

DOS AMIGOS JUDÍOS pasan por delante de una iglesia católica en la que han colgado un gran cartel dirigido a los no católicos: «¡Ven con nosotros, acepta el catolicismo y al instante ganarás treinta mil dólares en efectivo!». Mientras se alejan, los dos amigos se enzarzan en un debate acerca de si esa oferta va en serio. Una semana más tarde, los dos amigos se vuelven a encontrar delante de la misma iglesia, y uno de ellos le confía al otro: «Todavía me pregunto si la oferta va en serio». El otro contesta de manera condescendiente: «¡Ah, los judíos sólo pensáis en el dinero!».

MIENTRAS EL ESCRITOR COMUNISTA TURCO Panait Istrati visitaba la Unión Soviética, a mediados de la década de los treinta, la época de las grandes purgas y los juicios farsa, un apologista soviético que intentaba convencerle de la necesidad de la violencia contra los enemigos citó el proverbio «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos», a lo que Istrati contestó: «Muy bien. Veo perfectamente los huevos rotos. Y ahora, ¿dónde está la tortilla?».

Lo mismo podríamos decir de las medidas de austeridad impuestas por el FMI; los griegos tendrían todo el derecho a decir: «Muy bien, estamos rompiendo nuestros huevos por Europa, pero ¿dónde está la tortilla que nos prometen?».

EN UNO DE LOS POPULARES CHISTES ANTISOVIÉTICOS que surgieron después de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, una reina de las hadas se acerca a un checo y le dice que está dispuesta a concederle tres deseos; el checo pide el primero de inmediato: «¡El ejército chino debería ocupar mi país durante un mes y luego retirarse!». Cuando la reina de las hadas le pregunta qué otros dos deseos quiere pedir, el checo dice: «¡Otra vez lo mismo! Los chinos deberían ocuparnos una y otra vez». Cuando la perpleja reina de las hadas le pregunta por qué ha elegido ese extraño deseo, el checo responde con una sonrisa maliciosa: «¡Porque cada vez que los chinos nos ocupen, tendrán que cruzar la Unión Soviética en el camino de ida y en el de vuelta!».

Lo mismo se podría decir a menudo del «masoquismo femenino», y sobre todo de los relatos de Du Maurier, en los que las heroínas disfrutan de unas pasiones dolorosas. Siguen la lógica del desplazamiento; es decir, para interpretarlas de manera adecuada, habría que concentrar la atención en el tercer sujeto (masculino) que se elige como objetivo cuando una mujer es repetidamente «ocupada por el ejército chino».

EXISTEN BUENAS RAZONES para aceptar que el tema cristiano de la inmaculada concepción se basa en la traducción errónea de la palabra hebrea *alma* (que simplemente significa «joven») por «virgen»: «Parecería que la civilización occidental ha tenido que soportar dos milenios de neurosis sexual consagrada simplemente porque los autores del evangelio de Matías y de Lucas no sabían leer hebreo». (Harris, *The End of Faith*). También existen buenas razones para aceptar que las setenta «vírgenes» que aguardan a los mártires en el paraíso musulmán son producto de una traducción errónea: al utilizar la palabra *hur*, traducida como «hurí», el Corán se basaba en los primeros textos cristianos que utilizaban el término arameo *hur*, que significa «pasas blancas», un manjar exquisito. Consideremos a un joven mártir que se embarca en una misión suicida simplemente porque se tomó de manera literal la promesa de su líder: «Las puertas del Paraíso se han abierto para ti. Hay hermosas vírgenes de ojos negros esperándote en las orillas de ríos de miel». Imaginaos la expresión de su cara «cuando, al encontrarse en un paraíso rebosante de otros matones como él, sus setenta huríes resultan ser un puñado de pasas».

En un chiste bosnio clásico, un tipo visita a su mejor amigo y lo encuentra jugando al tenis en la pista del patio de atrás: Agassi, Sampras y otros tenistas de primera categoría hacen cola para jugar con él. Sorprendido, el tipo le pregunta a su amigo: «¡Pero si tú nunca has sido un gran jugador de tenis! ¿Cómo has conseguido mejorar tan deprisa?». El amigo le contesta: «¿Ves ese estanque que hay detrás de mi casa? Dentro hay un pez dorado mágico; si le pides un deseo, te lo concede de inmediato». El amigo se dirige al estanque, ve el pez y le dice que desea encontrar su armario lleno de dinero, y enseguida corre hacia su casa para comprobar si su deseo se ha cumplido. Cuando llega al armario, encuentra miel goteando por todas partes. Furioso, regresa de inmediato a casa de su amigo y le dice: «¡Pero yo quería dinero, no miel!». El amigo le contesta tranquilamente: «Ah, se me había olvidado decírtelo: el pez es un poco duro de oído, y a veces no entiende bien el deseo. ¿Es que no te das cuenta de lo aburrido que es correr de un lado a otro y practicar este estúpido deporte? ¿De verdad crees que yo pedí un fabuloso partido de tenis?». ¿No encontramos un giro kafkiano en este relato, exactamente homólogo al de ese pobre guerrero musulmán al que le ofrecen un puñado de pasas?

EXISTE UN CHISTE BOSNIO contemporáneo bastante vulgar acerca de la popular pieza para piano de Beethoven «Für Elise». («Para Elisa»), que se ríe de los «ilustrados» profesores de Europa occidental enviados para civilizar a los bosnios «primitivos». En un instituto de secundaria, durante la clase de historia de la música, una profesora afirma que no estudiarán a Beethoven de la forma tradicional, aprendiéndose los datos, sino de una manera más creativa: cada alumno mencionará una idea o una imagen y a continuación una pieza de Beethoven que encaje con ella. La primera en hablar es una chica tímida que dice: «Un hermoso prado verde delante de un bosque, con un ciervo bebiendo agua de un arroyo… ¡La *Sinfonía Pastoral!*». A continuación le toca a un chico: «¡Una guerra revolucionaria, heroísmo, libertad… ¡La *Heroica!*». Finalmente un muchacho bosnio dice: «¡Una polla grande, gorda, dura y erecta!». «¿Y para quién es eso?», pregunta molesta la profesora. «Para Elisa».

El comentario del muchacho obedece a la lógica del significante fálico que «sutura» la serie, no porque mencione de manera explícita el órgano, sino porque concluye la serie mediante un desplazamiento de la metáfora a la metonimia: mientras los dos primeros alumnos proporcionan un significado metafórico (la *Sinfonía Pastoral* significa/evoca un prado con un arroyo, etc.), la polla erecta mencionada por el muchacho bosnio no significa ni evoca a Elisa, sino que se pretende utilizarla para satisfacerla sexualmente. (La implicación obscena extra, naturalmente, es que la propia profesora pasa hambre sexual, necesita un buen polvo para dejar de molestar a sus alumnos con tareas estúpidas).

UN TOQUE DE INVERSIÓN CÓMICA lo encontramos en el Café Photo de São Paulo: la publicidad lo anuncia como «un entretenimiento con un toque especial»: es —o eso me han contado— un lugar de encuentro de prostitutas de lujo con sus posibles clientes. Aunque este hecho es de sobra conocido, dicha información no se publica oficialmente en su página web, donde se proclama que se trata «de un lugar donde encontrar la mejor compañía para pasar la velada». Las cosas realmente funcionan con un toque especial: son las prostitutas —casi todas estudiantes de humanidades— quienes eligen a sus clientes. Los hombres (los posibles clientes) entran, se sientan a una mesa, piden algo de beber y esperan mientras son observados por las mujeres. Si una de ellas encuentra a alguno aceptable, es ella quien se sienta a su mesa, le deja que la invite a una copa y entabla conversación sobre un tema intelectual, generalmente sobre la vida cultural, y a veces incluso sobre teoría artística. Si la mujer encuentra al hombre lo bastante inteligente y atractivo, le pregunta si le gustaría acostarse con ella y le propone un precio. Es prostitución con un sesgo feminista, si es que alguna vez ha existido algo como eso; no obstante, como suele ser el caso, el sesgo feminista lo aporta la limitación de clase: tanto las prostitutas como los clientes son de clase alta, o al menos media alta.

HACE UN PAR DE AÑOS, las feministas eslovenas reaccionaron con gran indignación al cartel publicitario de una gran empresa de cosmética que producía una loción bronceadora y mostraba una serie de traseros de mujer bronceados a la perfección dentro de unos bañadores ceñidos, acompañados del logo: «Cada una tiene su propio factor». Naturalmente, la publicidad se basaba en un doble sentido bastante vulgar: se suponía que el logo hacía referencia a la loción bronceadora, que se ofrecía a los clientes con diferentes factores de protección solar para distintos tipos de piel; sin embargo, todo su efecto se basaba en su evidente lectura machista: «¡Se puede conseguir a cualquier mujer, sólo con que el hombre conozca su factor, su catalizador específico, lo que la excita!». El argumento freudiano referente a la fantasía fundamental sería que cada sujeto, masculino o femenino, posee un «factor» que regula su deseo: «una mujer, vista desde atrás, a cuatro patas» era el factor del Hombre de los Lobos; una estatua —como por ejemplo una mujer sin vello púbico— era el factor de Ruskin; etc., etc. No hay nada elevado en nuestra conciencia de ese «factor»: dicha conciencia nunca se puede subjetivizar; es misteriosa, incluso horripilante, puesto que de algún modo «desposee» al sujeto, reduciéndolo al nivel de una marioneta «carente de libertad y dignidad».

EL DEBATE ACERCA DE SI el submarino es una tortura o no debería abandonarse, pues evidentemente es absurdo: si no es causando dolor e inspirando miedo a la muerte, ¿cómo consigue la tortura del submarino que los sospechosos de terrorismo más duros acaben hablando? Por lo que se refiere a reemplazar la palabra «tortura» por «técnica de interrogatorio avanzada», habría que observar que nos enfrentamos aquí con una ampliación de la lógica de lo Políticamente Correcto: de la misma manera que «discapacitado» se convierte en «persona con limitaciones físicas», «tortura» se convierte en «técnica de interrogatorio avanzada» (y, por qué no, «violación» se podría convertir en «técnica de seducción avanzada»). La cuestión fundamental es que la tortura —la violencia brutal practicada por el Estado— se convirtió en públicamente aceptable en el mismísimo momento en que el lenguaje público se volvió Políticamente Correcto a fin de proteger a las víctimas de la violencia simbólica. Estos dos fenómenos son las dos caras de la misma moneda.

EXISTE UN MOMENTO CÓMICO ÚNICO en *El concepto de la angustia* de Kierkegaard, cuando describe, de una manera burlonamente antihegeliana, cómo Simon de Tournai (el teólogo escolástico parisino del siglo XIII) «creía que Dios debía estarle agradecido por haber aportado una prueba de la existencia de la Trinidad. (…) Esta historia posee numerosas analogías, y en nuestra época la especulación se ha arrogado tanta autoridad que casi ha intentado hacer que Dios se sienta inseguro de sí mismo, como un monarca que espera con ansiedad averiguar si la asamblea general le convertirá en rey absoluto o limitado».

Como es natural, Kierkegaard rechaza los intentos de demostrar lógicamente la existencia de Dios como ejercicios lógicos absurdos y sin sentido (su modelo de ceguera profesoral ante la auténtica experiencia religiosa era la maquinaria dialéctica de Hegel); sin embargo, su sentido del humor no puede resistirse ante la maravillosa imagen de un Dios angustiado, que teme por su propia posición como si ésta dependiera de los ejercicios lógicos de un filósofo, como si el razonamiento del filósofo tuviera consecuencias en la realidad, de manera que, si la prueba fallara, la propia existencia de Dios se vería amenazada. E incluso se puede ir más allá en esta línea de razonamiento kierkegaardiano: lo que sin duda le atrajo del comentario de Simon fue la blasfema idea de un Dios angustiado. El paralelismo político aquí es fundamental, puesto que el propio Kierkegaard recurre a la comparación entre Dios y rey: Dios expuesto a los caprichos de un filósofo es como un rey expuesto a los caprichos de una asamblea popular. Pero ¿cuál es aquí el meollo del asunto? ¿Se trata sólo de que en ambos casos deberíamos rechazar la decadencia liberal y optar por la monarquía absoluta? Lo que complica esta solución sencilla y en apariencia inminente es el hecho de que, para Kierkegaard, el sentido (apropiadamente cómico) de la Encarnación es que el Dios-rey se convierte en un mendigo, en un ser humano humilde y vulgar. Así pues, ¿no sería más correcto concebir el cristianismo como la paradoja de la abdicación de Dios, que dimite para dejar su lugar a la asamblea de creyentes denominada Espíritu Santo?

HAY MUCHOS OBJETOS o artilugios que prometen proporcionar un tremendo placer, pero que en realidad sólo reproducen su ausencia. La última moda es la Unidad de Entrenamiento Stamina, la contrapartida del vibrador: un dispositivo masturbatorio que se parece a una linterna a pilas (para que no nos avergoncemos si lo llevamos por ahí). Colocas tu pene erecto en la abertura que hay en la parte de arriba, aprietas el botón y el objeto vibra hasta satisfacerte. El producto se puede comprar en diferentes colores, tamaños y formas (con vello o sin, etc.), que imitan las tres aberturas principales de penetración sexual (boca, vagina, ano). Lo que uno compra es tan sólo el objeto parcial (la zona erógena), privado de toda la embarazosa carga adicional de la persona completa. ¿Cómo vamos a enfrentarnos con este nuevo mundo que socava las premisas básicas de nuestra vida íntima? La solución definitiva sería, naturalmente, colocar un vibrador dentro de la Unidad de Entrenamiento Stamina, conectarlos a los dos y dejar que sea esa pareja ideal quien se lo pase bien, mientras nosotros, la pareja humana, nos sentamos a una mesa cercana, tomamos un té y disfrutamos con tranquilidad del hecho de que, sin gran esfuerzo, hemos cumplido con nuestro deber de disfrutar. Y tal vez así, si nuestras manos se encuentran mientras servimos el té, acabemos en la cama como parte de un romance auténtico, disfrutándolo sin someternos a la presión del superego para que gocemos.

EN UN VIEJO CHISTE YUGOSLAVO que se burla de la corrupción policial, un agente regresa a su casa por sorpresa y se encuentra a su mujer desnuda en el lecho conyugal, evidentemente caliente y excitada. Sospechando que la ha sorprendido con un amante, empieza a mirar por toda la habitación en busca de un hombre escondido. La mujer palidece cuando el agente se inclina y mira debajo de la cama; pero, tras un breve diálogo entre susurros, el marido se incorpora con una sonrisa petulante y satisfecha: «Lo siento, amor mío, falsa alarma. No hay nadie debajo de la cama», dice, mientras en su mano aprieta un par de billetes de los grandes.

CUANDO LOS FUNDAMENTALISTAS CRISTIANOS incondicionales que apoyan la política israelí rechazan las críticas izquierdistas a dicha política, en ninguna parte queda tan bien reflejada su argumentación implícita como en un maravilloso chiste publicado en julio del 2008 en el periódico vienés *Die Presse*: muestra a dos robustos austríacos de aspecto nazi; uno de ellos le enseña un periódico a su amigo y le comenta: «¡Aquí puedes ver otra vez cómo un antisemitismo totalmente justificado se utiliza de manera errónea para hacerle una crítica fácil a Israel!». ÉSTOS son hoy en día los aliados del Estado de Israel[2].

HACE AÑOS, EN EL CAMPUS DE SANTA CRUZ, una de las capitales de la Corrección Política, alguien me contó que se habían inventado chistes que eran divertidos sin ofender, sin humillar, sin burlarse de nadie siquiera, como por ejemplo «¿Qué ocurre cuando un triángulo se encuentra con un círculo?». Como era de esperar, le rebatí: me da igual lo que ocurre cuando un triángulo se encuentra con un círculo; lo divertido de un chiste es ofender o humillar a alguien… Pero ¿y si me equivocaba, y si lo que echaba de menos era el aspecto puramente formal, que es lo que hace que un chiste sea divertido, mucho más que su contenido, de la misma manera que la sexualidad no es una cuestión de contenido, sino de la manera de tratar formalmente ese contenido? La cuestión es, por supuesto, si esa forma puede ser eficaz por sí sola, o si necesita «un pequeño fragmento de realidad», en el sentido de algún contenido contingente positivo relacionado con temas «sucios», como el sexo o la violencia[3].

EN UN CHISTE RUSO maravillosamente estúpido (¡y apolítico!) de la época de la Unión Soviética, encontramos a dos desconocidos sentados en el mismo vagón de tren. Tras un prolongado silencio, de repente uno se dirige al otro: «¿Alguna vez se ha follado a un perro?». Sorprendido, el otro contesta: «No, ¿y usted?». «Por supuesto que no. Es algo asqueroso. Sólo pretendía entablar conversación[4]».

EN CHINA, LOS JEFES LOCALES DEL PARTIDO son el objetivo habitual de chistes obscenos que se burlan de sus gustos vulgares y sus obsesiones sexuales. (Lejos de surgir de la gente corriente, esos chistes casi siempre expresan la actitud de la *nomenklatura* de más alto nivel hacia los cuadros inferiores). En uno de ellos, un jefecillo provincial del partido acaba de regresar de la gran ciudad, donde se ha comprado unos relucientes zapatos negros, bastante caros. Cuando su joven secretaria le lleva el té, él pretende impresionarla con la calidad de sus zapatos; así que cuando ella se inclina hacia la mesa y él queda con el pie debajo de ella, le dice que puede ver (reflejado en sus zapatos) que lleva las bragas azules; al día siguiente prosigue el ligoteo, y él le dice que lleva las bragas verdes. Al tercer día, la secretaria decide aparecer sin bragas; el jefe del partido se mira los pies buscando el reflejo, y desesperado exclama: «¡Me acabo de comprar los zapatos, y ya tienen una gran raja en la superficie!».

En el desplazamiento final, precisamente cuando el jefe consigue ver reflejada «la cosa en sí» (la raja vaginal, ya sin las bragas que la cubrían), se niega a reconocerla, y la interpreta como un rasgo del espejo que la refleja (la raja de sus lustrosos zapatos). Aquí podríamos detectar incluso, debajo de la superficie de la vulgar jactancia del jefe, un signo de cortesía disimulada: es tan amable que lo malinterpreta, y prefiere quedar como un idiota antes que declarar groseramente lo que ve. El procedimiento, pues, es diferente del que se da en el desplazamiento fetichista: la percepción del sujeto no se detiene en la última cosa que ve antes de la contemplación directa de la abertura vaginal (como en la fijación fetichista); es decir, su zapato no es un fetiche, lo último que ve antes de ver la raja vaginal; cuando, de manera inesperada e inadvertida, consigue ver esa raja vaginal, asume que la raja es suya, su propio defecto[5].

AQUÍ TENEMOS UN CHISTE QUE NOS OFRECE la tríada hegeliana, incluyendo la «reconciliación» final, y que es una variación especialmente cruel de esos chistes de médicos de «primero las malas noticias y luego las buenas», que abarca toda la tríada de noticias buenas-malas-buenas. Un marido, después de que su mujer se haya sometido a una operación larga y peligrosa, se acerca al médico y le pregunta por el resultado. El doctor le replica: «Su esposa ha sobrevivido; lo más probable es que viva más que usted. Pero hay algunas complicaciones: ya no podrá controlar los músculos del ano, de manera que la mierda se le saldrá sin parar. También habrá un flujo continuo de una gelatina amarilla y hedionda brotándole de la vagina, con lo que se acabaron las relaciones sexuales. Además, la boca no le funciona bien y no podrá retener la comida». Al observar la creciente expresión de pánico en la cara del marido, el doctor le da unos cordiales golpecitos en la espalda y le dice sonriendo: «¡No se preocupe, era una broma! Todo ha ido bien. Su mujer ha muerto durante la operación[6]».

HAY UN CHISTE JUDÍO MARAVILLOSAMENTE VULGAR acerca de una esposa judía polaca, que está cansada después de todo un día de arduo trabajo; cuando el marido vuelve a casa, también cansado, pero caliente, le dice: «Ahora no puedo hacerte el amor, pero necesito un alivio. ¿Podrías chupármela y tragarte mi esperma? ¡Eso me ayudaría mucho!». La mujer le contesta: «Estoy demasiado cansada, cariño. ¿Por qué no te masturbas en un vaso, y me lo bebo por la mañana?».

¿Acaso esta esposa —contrariamente al tópico del razonamiento holístico-intuitivo de las mujeres en oposición al análisis racional masculino— no proporciona un ejemplo del implacable uso femenino del Discernimiento, de su poder para separar las cosas que van unidas de manera natural[7]?

RECORDEMOS LA EXPRESIÓN ITALIANA *se non è vero, è ben trovato*: «Aunque no sea cierto, bien pensado está». En ese sentido, las anécdotas acerca de personas famosas, aun cuando sean inventadas, a menudo caracterizan la esencia de su personalidad de manera más acertada que la enumeración de sus auténticas cualidades: de ahí también la expresión de Lacan «La verdad posee la estructura de la ficción». Existe una versión serbocroata magníficamente obscena de esta expresión que transmite de manera perfecta el rechazo protopsicótico de la ficción simbólica: *se non è vero, jebem ti mater! «Jebem ti mater»* (pronunciado «yebem ti mater»; significa «me follaré a tu madre») es uno de los insultos populares más vulgares; el chiste, como es natural, se basa en la correspondencia perfecta, con los mismos acentos y número de sílabas, entre *e ben trovato* y *jebem ti mater*. Así, el significado se transforma en una explosión de rabia que sigue una dirección incestuosa, atacando el objeto primordial más íntimo del otro: «¡Más te vale que sea cierto, porque si no lo es me follaré a tu madre!». Así, estas dos versiones representan a las claras las dos reacciones a lo que en términos literales resulta ser una mentira: su rechazo furioso, o su «subl(im)ación» en una verdad «superior». En términos psicoanalíticos, su diferencia es la que existe entre la forclusión (*Verwerfung*) y la transubstanciación simbólica[8].

TODOS CONOCEMOS EL VIEJO CHISTE referente al enigma de quién escribió en realidad las obras de Shakespeare: «No William Shakespeare, sino otro con el mismo nombre». A eso es a lo que se refiere Lacan con el concepto de «sujeto descentrado»; así es como un sujeto se relaciona con el nombre que fija su identidad simbólica: John Smith es (siempre, por definición, en su mismísimo concepto) no John Smith, sino otra persona con el mismo nombre. Tal como sabía la Julieta de Shakespeare, yo no soy nunca «ese nombre»: el John Smith que realmente se cree John Smith es un psicótico[9].

ESTA FALTA O IMPERFECCIÓN del (gran). Otro la transmite de una manera maravillosamente simple un chiste acerca de dos amigos que juegan a acertarle a una lata con una pelota. Después de repetidos chuts, uno de ellos dice: «¡Por todos los demonios, no hay manera de acertar!». Su amigo, que es un fanático religioso, comenta: «¡Cómo te atreves a hablar así! ¡Esto es una blasfemia! ¡Que Dios te lance un rayo como castigo!». Unos segundos después, cae un rayo, pero da en el fanático religioso, el cual, todavía temblando y medio muerto, levanta la mirada al cielo y pregunta: «¿Por qué has lanzado un rayo contra mí, Señor, y no contra el culpable?». Una voz profunda resuena desde lo alto: «¡Por todos los demonios, he fallado!»[10].

A MENUDO ENCONTRAMOS EN LOS CHISTES un punto de vista imposible. Un chiste sexual chino contemporáneo nos relata una conversación entre dos hermanos gemelos cuando todavía son fetos en el vientre de su madre; uno le dice al otro: «Me encanta que nuestro padre nos visite, pero ¿por qué es tan grosero al final de cada visita y nos escupe?». El otro le contesta: «Es cierto, nuestro tío es mucho más amable: siempre viene con un hermoso sombrerito de goma en la cabeza para no escupirnos encima[11]».

EN UN VIEJO CHISTE ESLOVENO, un joven estudiante tiene que escribir una breve redacción con el título de «¡Madre no hay más que una!», en la que debe ilustrar, con alguna experiencia singular, el amor que le une a su madre. Esto es lo que escribe: «Un día volví a casa antes de lo esperado, porque el profesor estaba enfermo. Busqué a mi madre y la encontré desnuda en la cama con un hombre que no era mi padre. Mi madre me gritó furiosa: "¿Qué miras, ahí plantado como un idiota? ¿Por qué no vas enseguida a la nevera y nos traes dos cervezas frías?". Me fui corriendo a la cocina, abrí la nevera, miré y grité en dirección al dormitorio: "¡Madre, no hay más que una!"».

¿Acaso no se trata de un supremo caso de interpretación que simplemente añade un signo de puntuación que lo cambia todo, al igual que la parodia de las primeras palabras de *Moby Dick*: «Llámame, Ismael»[12]? Uno puede distinguir la misma operación en Heidegger (la manera en que lee «Nada es sin razón [*nihil est sine ratione*]», desplazando el acento a «[La] nada ES sin razón») o en el desplazamiento del superego de la prohibición de la ley simbólica (de «¡No matarás!» a «¡No! ¡Matarás!»). Sin embargo, deberíamos arriesgarnos a una interpretación más detallada. El chiste escenifica una confrontación estilo Hamlet del hijo con el enigma del excesivo deseo de la madre; a fin de escapar de este punto muerto, la madre, por así decir, se refugia en /el deseo de/ un objeto parcial externo, la botella de cerveza, destinada a desviar la atención del hijo del Hecho obsceno de haberla pillado desnuda en la cama con un hombre. El mensaje de esa petición es: «Verás, incluso si estoy en la cama con un hombre, lo que deseo es otra cosa que tú puedes traerme. ¡No te estoy excluyendo por haber quedado atrapada en el círculo de la pasión con este hombre!». Las dos botellas de cerveza /también/ representan la díada significante elemental, al igual que las dos famosas puertas de los servicios observadas por dos niños desde la ventanilla del tren que menciona Lacan en «La instancia de la letra en el inconsciente»; desde esa perspectiva, el diálogo del niño hay que leerlo como la transmisión a la madre de la lección elemental lacaniana: «Lo siento, madre, pero existe SÓLO UN SIGNIFICANTE, sólo para el hombre, no hay significante binario (para la mujer), este significante está *ur-verdraengt*, primordialmente reprimido». En resumen: si te pillan desnuda, no estás cubierta por el significante. ¿Y cuál es el mensaje fundamental del monoteísmo? No la reducción del Otro al Uno, sino, por el contrario, la aceptación del hecho de que siempre-ya falta el significante binario. Este desequilibrio entre el Uno y su contrapartida «primordialmente reprimida» constituye la diferencia radical, en contraste con las grandes parejas cosmológicas (el *yin* y el *yang*, etc.) que sólo pueden emerger dentro del horizonte del Uno (*tao*, etc.) indiferenciado. ¿Y acaso los intentos de introducir una dualidad equilibrada en las esferas menores del consumo, como la pareja de sobrecitos azules y rojos de edulcorante artificial disponibles en todos los cafés, no son incluso otro intento desesperado de proporcionar una pareja significante simétrica para la diferencia sexual (bolsas azules «masculinas» contra bolsas rojas «femeninas»)? La cuestión no

es que la diferencia sexual constituya el significado definitivo de esas parejas, sino más bien que la proliferación de tales parejas denota un intento de complementar la FALTA de la pareja significante binaria fundacional que representaría directamente la diferencia sexual[13].

PARA COMPRENDER MEJOR este no-Todo, veamos un maravilloso chiste dialéctico de la película de Lubitsch *Ninotchka*: el protagonista visita una cafetería y pide un café sin crema; el camarero le contesta: «Lo siento, pero se nos ha acabado la crema. ¿Puedo traerle un café sin leche?». En ambos casos, el consumidor obtiene un café solo, pero este Un-café viene cada vez acompañado de una negación diferente, primero el café-sin-crema y luego el café-sin-leche. (De manera parecida, los europeos orientales de 1990 no sólo querían democracia-sin-comunismo, sino también democracia-sin-capitalismo). Lo que encontramos aquí es la lógica de la diferencialidad, donde la carencia en sí misma funciona como un rasgo positivo. Esta paradoja la transmite a la perfección un antiguo chiste yugoslavo acerca de un montenegrino (en la antigua Yugoslavia a los habitantes de Montenegro se les estigmatizaba por perezosos): ¿por qué un montenegrino, cuando se va a dormir, coloca dos vasos junto a su cama, uno vacío y otro lleno? Porque es demasiado perezoso para pensar con antelación si tendrá sed durante la noche. La gracia del chiste es que la propia ausencia tiene que quedar positivamente registrada: no es suficiente tener un vaso lleno de agua, puesto que, si el montenegrino no tiene sed, se limitará a ignorarlo: el vaso vacío deja constancia de este hecho negativo, es decir, la no-necesidad-de agua tiene que materializarse en la vacuidad del vaso vacío. Existe un equivalente político a lo que acabamos de mencionar: en un chiste de la Polonia socialista, un hombre entra en una tienda y pregunta: «¿No tendrá mantequilla, verdad?». La respuesta: «Lo siento, pero nosotros somos la tienda que no tiene papel de váter; la tienda que no tiene mantequilla es la de ahí delante[14]».

SIMILAR (PERO NO IDÉNTICA) es la legendaria respuesta del director de uno de los periódicos de Hearst a la pregunta de éste de por qué no quería tomarse unas merecidísimas vacaciones: «Me temo que, si me voy, reinará el caos; todo será un desastre. Pero aún me daría más miedo descubrir, si me voy, que las cosas siguen como si nada, lo que probaría que en realidad no se me necesita». Una elección negativa (no hacer vacaciones, ver otra vez una película) viene sustentada tanto por un sí como por un no; sin embargo, a lo que uno debería permanecer atento es a la asimetría de las respuestas, y esa asimetría reaparece claramente si imaginamos el diálogo como una sucesión de dos respuestas: primero, la reacción es la evidente (negativa): no me ha gustado la película; me temo que todo será un desastre si me tomo unas vacaciones; entonces, cuando esta reacción dé el resultado que esperábamos, se da la reacción opuesta (positiva): me ha gustado la película; todo irá perfectamente sin mí; que es un fracaso todavía peor. No es de extrañar que uno pueda reformular la doble respuesta del director del periódico de Hearst como un diálogo a partir del chiste de judíos: «¿Por qué no te tomas unas vacaciones? Te las mereces». «No quiero irme de vacaciones por dos razones. Primero, me da miedo que todo sea un desastre si me voy de vacaciones». «Te equivocas por completo, ya verás como todo va sobre ruedas si te marchas». «Ésa es mi segunda razón[15]».

¿Y CÓMO NO MENCIONAR otro incidente relacionado con el café que encontramos en el cine popular, esta vez en el drama ambientado entre la clase obrera inglesa *Tocando el viento*? El protagonista acompaña a una hermosa joven a su casa, y ésta, a la entrada de su piso, le dice: «¿Te gustaría entrar a tomar un café?». A la respuesta de él («Hay un problema: no tomo café»), ella replica con una sonrisa: «No pasa nada. Tampoco tengo». El inmenso y directo poder erótico de su respuesta reside en cómo, de nuevo a través de una doble negación, pronuncia una invitación sexual embarazosamente directa sin ni siquiera mencionar el sexo: cuando primero invita al muchacho a tomar café y a continuación admite que no tiene café, no está cancelando la invitación, sólo deja claro que la primera invitación a tomar café hacía las veces (o era un pretexto, indiferente en sí mismo) de una invitación al sexo. Siguiendo este mismo esquema, podríamos imaginar un diálogo entre los Estados Unidos y Europa a finales del 2002, cuando se estaba preparando la invasión de Irak. Los Estados Unidos le dicen a Europa: «¿Os gustaría uniros a nuestro ataque a Irak para encontrar las armas de destrucción masiva?». Europa contesta: «Es que no tenemos medios para buscar armas de destrucción masiva». A lo que Rumsfeld contesta: «No pasa nada; tampoco hay armas de destrucción masiva en Irak[16]».

HAY UN CHISTE ACERCA DE UN COCINERO que se basa en la misma lógica: «He aquí un método mediante el cual cualquiera puede cocinar una buena sopa en una hora: hay que preparar todos los ingredientes, cortar las verduras, etc., hervir el agua, meter dentro los ingredientes, cocerlas durante media hora, removiendo de vez en cuando; al cabo de tres cuartos de hora, cuando descubres que la sopa es insípida e incomestible, la tiras, abres una buena lata de sopa, y rápidamente la calientas en el microondas. Así es como los humanos preparamos la sopa[17]».

EL DIOS QUE TENEMOS AQUÍ se parece mucho al del viejo chiste bolchevique acerca de un hábil propagandista comunista que, al morir, de repente se ve en el infierno, donde rápidamente convence a los guardias de que le dejen salir e ir al cielo. Cuando el Diablo se da cuenta de su ausencia, enseguida va a visitar a Dios, y le exige que devuelva al infierno lo que le pertenece. Sin embargo, justo después, el Diablo comienza a dirigirse a Dios con las siguientes palabras: «Mi Señor…». Dios le interrumpe: «En primer lugar, no soy Señor, sino un camarada. En segundo, ¿estás loco, hablando con un ser ficticio? Yo no existo. Y en tercero, abrevia, o me perderé la reunión de la célula del partido».

Éste es el Dios que necesita la izquierda radical de hoy en día: un Dios que se haya vuelto «completamente humano»; un camarada entre nosotros, crucificado junto a dos parias, y que no sólo «no exista», sino que *también lo sepa*, que acepte su eliminación, que se transforme por completo en el amor que une a los miembros del Espíritu Santo (el partido, el colectivo emancipador[18]).

HAY UN VIEJO CHISTE JUDÍO que le encantaba a Derrida, en el que un grupo de judíos que está en una sinagoga admite públicamente su nulidad a los ojos de Dios. Primero, un rabino se pone en pie y dice: «Dios mío, sé que no valgo nada. ¡No soy nada!». Cuando ha terminado, un rico hombre de negocios se pone en pie y dice, dándose golpes en el pecho: «Dios mío, yo tampoco valgo nada, siempre obsesionado con la riqueza material. ¡No soy nada!». Tras este espectáculo, un judío pobre, corriente y moliente, se pone en pie y proclama: «Dios mío, no soy nada». El rico hombre de negocios le da una patadita al rabino y le susurra al oído con desdén: «¡Menuda insolencia! ¿Quién es este tío que se atreve a afirmar que él tampoco es nada?»[19].

EN DEFINITIVA, SÓLO EXISTEN DOS OPCIONES, dos maneras de explicar el «truco de magia» de la síntesis hegeliana, y se estructuran como las dos versiones del vulgar chiste del médico de «primero la mala noticia y luego la buena». La primera es que la buena noticia es la mala, sólo que vista desde una perspectiva distinta («La mala noticia es que hemos descubierto que padece usted un grave Alzheimer. La buena es la misma: padece Alzheimer, así que cuando llegue a su casa ya se le habrá olvidado la mala noticia»). Sin embargo, existe otra versión: la buena noticia es buena, pero se refiere a *otro* tema («La mala noticia es que padece cáncer terminal y morirá en un mes. La buena es: ¿ve a esa enfermera joven y guapa que hay ahí? Me he pasado meses intentando llevármela a la cama; al final, ayer me dijo que sí y nos pasamos toda la noche haciendo el amor como locos»). La auténtica «síntesis» hegeliana es la síntesis de esas dos opciones: la buena noticia es la mala noticia en sí misma, pero, para poder darnos cuenta, tenemos que desplazarla a un agente distinto (del tipo que muere a otro que lo reemplaza; el paciente que sufre de cáncer al médico feliz; de Cristo como individuo a la comunidad de creyentes[20]).

VARIACIONES

• ¿Y si la lógica del viejo chiste del médico y el Alzheimer («La mala noticia es que hemos descubierto que padece un grave Alzheimer. La buena es que se le habrá olvidado cuando llegue a casa») también se aplica en el caso de la pérdida de personalidad postraumática, de manera que cuando la antigua personalidad del paciente se destruye, la mismísima medida de su sufrimiento también desaparece[21]?

• La versión definitiva del chiste del médico y la noticia buena y la mala roza el colmo de lo sombrío; comienza con la buena noticia, la cual, naturalmente, es tan ominosa que no hace falta ninguna mala: «Doctor: primero la buena noticia: hemos establecido de manera definitiva que no es usted hipocondríaco». Aquí no hace falta contrapunto. (Otra versión: «Doctor: Tengo una noticia buena y una mala. Paciente: ¿Cuál es la buena? Doctor: La buena es que su nombre pronto será conocido en todo el mundo: ¡se lo vamos a poner a una enfermedad!»). ¿No es esto un cortocircuito no dialéctico? ¿O se trata más bien del principio dialéctico propiamente dicho que de inmediato se niega a sí mismo? Algo parecido a este chiste se da al principio de la lógica de Hegel, no un paso al opuesto, sino el inmediato autosabotaje del principio.

HAY UN VIEJO CHISTE ACERCA DE UN MARIDO que regresa a su casa del trabajo antes de lo habitual y encuentra a su mujer en la cama con otro hombre. La sorprendida esposa exclama: «¿Por qué has vuelto tan temprano?». El marido, furioso, le suelta: «¿Qué estás haciendo en la cama con otro hombre?». La mujer le replica con toda la pachorra: «Yo he preguntado primero. ¡No creas que te vas a librar de ésta cambiando de tema!»[22].

ASÍ PUES, EL «POPULISMO» es por definición un fenómeno negativo, un fenómeno arraigado en un rechazo, incluso en una admisión implícita de impotencia. Todos conocemos el viejo chiste acerca de un tipo que ha perdido la llave y la busca debajo de una farola; cuando le preguntan dónde la ha perdido, admite que ha sido en un rincón sin luz. ¿Por qué la busca debajo de la farola, entonces? Porque la visibilidad es mucho mejor. En el populismo siempre hay algo parecido a este truco. Busca las causas de los problemas en los judíos, pues éstos son más visibles que los procesos sociales complejos[23].

LA RAZÓN POR LA QUE ENCUENTRO PROBLEMÁTICO A BADIOU es que, para mí, algo falla en la mismísima idea de que uno pueda «imponer» en exceso una verdad; casi se siente la tentación de aplicar la lógica del chiste citado por Lacan: «Mi novia no llega nunca tarde a una cita, porque, en cuanto llega tarde, ya no es mi novia». Una Verdad nunca se impone, porque, en cuanto la fidelidad a la Verdad funciona como una imposición excesiva, ya no tratamos con una Verdad, con la fidelidad a una Verdad-Suceso[24].

VARIACIONES

• Es un poco como el proverbial chiste: «Mi novia nunca llega tarde a una cita, porque, si llega tarde, ya no es mi novia»: si amas a Dios puedes hacer lo que quieras, porque, cuando haces algo malo, ésa es la prueba de que en realidad no amas a Dios[25].

• Ésta es una historia (apócrifa, tal vez) acerca del economista John Galbraith, un keynesiano de izquierdas: antes de un viaje a la Unión Soviética a finales de la década de los cincuenta, le escribió a su amigo anticomunista Sidney Hook: «No te preocupes, no me dejaré seducir por los soviéticos ni regresaré afirmando que han alcanzado el socialismo». Hook le respondió enseguida: «Justo eso es lo que me preocupa, que regreses afirmando que la Unión Soviética NO es socialista». Lo que preocupaba a Hook era la cándida defensa de la pureza del concepto: si las cosas van mal al construir una sociedad socialista, eso no invalida la idea; tan sólo significa que no la estamos poniendo en práctica del modo correcto. ¿Acaso no detectamos la misma candidez en los fundamentalistas del mercado de hoy en día? Cuando, durante un reciente debate televisivo en Francia, Guy Sorman afirmó que la democracia y el capitalismo iban necesariamente juntos, no pude resistirme a formular la pregunta evidente: «¿Y la China actual?». Él replicó: «¡No hay capitalismo en China!». Para un fanático pro capitalista como Sorman, si un país no es democrático, eso sólo significa que no es auténticamente capitalista pero practica una versión distorsionada del capitalismo, justo de la misma manera que para un comunista democrático el estalinismo no era más que una forma falsa de comunismo.

El error subyacente no es difícil de identificar: es el mismo que hay en el chiste: «Mi novia nunca llega tarde a una cita, porque, si llega tarde, ya no es mi novia». Así es como hoy en día los defensores del mercado, en un insólito secuestro ideológico, explican la crisis del 2008: no fue el fracaso del mercado libre lo que la provocó, sino el exceso de regulación estatal, es decir, el hecho de que nuestra economía de mercado no sea auténtica y todavía tenga que ir con las muletas del Estado del bienestar.

• Lo que nos encontramos aquí no es más que una versión un tanto más cruel del chiste: «Mi novia nunca me da plantón, porque, en el momento en que me da plantón,

ya no es mi novia»: el pueblo siempre apoya al partido, porque cualquiera que forme parte del pueblo y se oponga al partido queda automáticamente excluido del pueblo[26].

• Prestemos atención, por cierto, a la homología entre esta «paradoja escéptica» y la estructura de un chiste al que Lacan se refiere a menudo: «Mi novia nunca me da plantón, porque, en el momento en que me da plantón, ya no es mi novia»; «Nunca cometo un error al aplicar una regla, puesto que lo que yo hago define la regla»[27].

AUNQUE EL «SOCIALISMO REALMENTE EXISTENTE» es ya algo tan lejano que posee la magia nostálgica de un objeto perdido posmoderno, algunos todavía recordamos un conocido chiste anticomunista polaco de la época del «socialismo realmente existente»: «El socialismo es la síntesis de los más grandes logros de todos los modos de producción anteriores: de la sociedad tribal previa a las clases sociales toma el primitivismo; del modo asiático de producción toma el despotismo; de la antigüedad toma el esclavismo; del feudalismo toma la dominación social de los señores sobre los siervos; del capitalismo toma la explotación, y del socialismo toma el nombre». ¿No obedece la figura antisemita del judío exactamente a la misma lógica? De los grandes capitalistas toma su riqueza y control social; de los hedonistas, el libertinaje; de la cultura popular comercializada y la prensa amarilla toma la vulgaridad; de las clases bajas, la mugre y la hediondez; de los intelectuales su sofistería corrupta, *y de los judíos su nombre*[28].

NO ES QUE ESTA DEMANDA de más pasión política sea absurda en sí misma (naturalmente que la izquierda contemporánea necesita más pasión); el problema es más bien que se parece demasiado al chiste citado por Lacan acerca de un médico al que un amigo le pide consejo gratis: poco dispuesto a ofrecer sus servicios sin retribución, el médico examina a su amigo y a continuación afirma impertérrito: «¡Tienes que ir a ver a un médico!»[29].

HACE UN PAR DE AÑOS, en la televisión británica pasaban un maravilloso anuncio de cerveza. En la primera parte se escenificaba el consabido cuento de hadas: una chica camina junto a un río, ve una rana, se la pone con suavidad en el regazo y la besa; por supuesto, la fea rana se convierte milagrosamente en un hermoso joven. Pero la historia no acababa aquí: el joven le lanza una mirada lasciva a la chica, la atrae hacia él, la besa…, y ella se convierte en una botella de cerveza, que el hombre sujeta triunfante. Para la mujer, la moraleja es que su amor y afecto (simbolizados por el beso) convierten una rana en un hermoso joven, una presencia fálica plena; en el caso del hombre, la mujer se reduce a un objeto parcial, la causa de su deseo (el *objet petit a*). Debido a esta asimetría, no hay relación sexual: tenemos a una mujer con una rana o a un hombre con una botella de cerveza. Lo que nunca podemos obtener es la pareja natural de una hermosa joven y un hermoso muchacho: el soporte fantasmático de esta pareja ideal habría sido la figura de *una rana abrazando una botella de cerveza*: una figura inconsistente que, en lugar de garantizar la armonía de la relación sexual, hace palpable su ridícula disonancia. (Naturalmente, la evidente moraleja feminista sería que lo que las mujeres presencian en su experiencia amorosa cotidiana es más bien lo opuesto: una mujer besa a un hermoso joven, y, después de acercarse demasiado a él, es decir, cuando ya es demasiado tarde, se da cuenta de que en realidad es una rana). Esto abre la posibilidad de socavar el control que una fantasía ejerce sobre nosotros mediante la mismísima sobreidentificación con ella, al abrazar a la vez, dentro del mismo espacio, la multitud de inconsistentes elementos fantasmáticos. Es decir, que cada uno de los dos sujetos está inmerso en su propia fantasía subjetiva: la chica fantasea con que la rana sea en realidad un joven, y el hombre con que la chica sea en verdad una botella de cerveza. Lo que el arte y la literatura actuales oponen a ello no es la realidad objetiva, sino la fantasía subyacente «objetivamente subjetiva» que los dos sujetos nunca son capaces de asumir, algo parecido a un cuadro magrittesco en el que una rana abraza una botella de cerveza y que lleva por título *Un hombre y una mujer* o *La pareja ideal*[30].

EN EL GROSERO CHISTE de un idiota que tiene relaciones sexuales por primera vez, la chica tiene que decirle exactamente lo que debe hacer: «¿Ves este agujero que tengo entre las piernas? Ponla ahí. Ahora métela hasta el fondo. Ahora sácala. Métela, sácala, métela, sácala…». En ese momento el idiota la interrumpe: «Un momento», dice, «¡decídete! ¿La quieres dentro o fuera?»[31].

HAY UN CHISTE-ACERTIJO YUGOSLAVO que dice: «¿Cuál es la diferencia entre el Papa y una trompeta? El Papa es de Roma, y la trompeta es de latón. ¿Y cuál es la diferencia entre el Papa de Roma y la trompeta de latón? Que la trompeta de latón puede ser de Roma, mientras que el Papa de Roma no puede ser de latón». De manera parecida, deberíamos ampliar el chiste-pintada parisino: «¿Cuál es la diferencia entre "Dios ha muerto" y "Nietzsche ha muerto"? Fue Nietzsche el que dijo "Dios ha muerto", y fue Dios el que dijo "Nietzsche ha muerto". ¿Y cuál es la diferencia entre el Nietzsche que dijo "Dios ha muerto" y el Dios que dijo "Nietzsche ha muerto"? Nietzsche, que dijo "Dios ha muerto", no estaba muerto, mientras que el Dios que dijo "Nietzsche ha muerto" *sí estaba muerto*». Lo que resulta fundamental para el adecuado efecto cómico no es la diferencia donde esperamos identidad, sino, más bien, la identidad donde esperamos diferencia; por eso, tal como ha señalado Alenka Zupančič, la versión materialista (y por tanto apropiadamente cómica) del mencionado chiste habría sido algo parecido a: «Dios ha muerto. Y la verdad es que yo tampoco me encuentro muy bien…»[32].

EN CUANTO INTRODUCIMOS la paradójica dialéctica de la identidad y la similitud cuyo mejor ejemplo son los chistes de los hermanos Marx («No es extraño que se parezca a X, ¡es que *es* usted X!»; «Este hombre puede parecer un idiota y actuar como un idiota, pero no se engañe, ¡realmente es un idiota!»), se hace evidente lo rara que resulta la clonación. Supongamos que muere un hijo único muy querido por sus padres, y que éstos deciden clonarlo para recuperarlo: ¿no está más que claro que el resultado es monstruoso? El nuevo niño posee todas las propiedades del fallecido, *pero esa mismísima similitud hace que la diferencia sea más palpable*. Aunque parezca exactamente el mismo, no se trata de la misma persona, por lo que es un chiste cruel, un impostor espeluznante; no es el hijo perdido, sino una copia blasfema cuya presencia no puede dejar de recordarnos ese chiste de los hermanos Marx en *Una noche en la ópera*: «Todo me recuerda a ti: tus ojos, tu cuello, tus labios… Todo *excepto tú*[33]».

DURANTE DÉCADAS, UN CHISTE CLÁSICO ha circulado entre los lacanianos para ejemplificar el papel fundamental del conocimiento del Otro: a un hombre que cree ser un grano de maíz lo llevan a una institución mental donde los médicos hacen todo lo posible para convencerlo de que no es un grano de maíz, sino un hombre; sin embargo, cuando está curado (convencido de que ya no es un grano de maíz, sino un hombre) y le permiten salir del hospital, regresa de inmediato, temblando y muy asustado: delante de la puerta hay una gallina, y le da miedo que se lo coma. «Pero mi querido amigo», dice su médico, «sabe perfectamente que no es un grano de maíz, sino un hombre». «Claro que lo sé», contesta el paciente, «pero ¿lo sabe la gallina?».

Ése es el auténtico meollo del tratamiento psicoanalítico: no basta con convencer al paciente de la verdad inconsciente de sus síntomas; también hay que conseguir que el propio inconsciente asuma esa verdad. Lo mismo se puede decir de la teoría marxista del fetichismo de la mercancía: podemos imaginar a un burgués asistiendo a un curso de marxismo en el que se explica lo que es el fetichismo de la mercancía. Después del curso, vuelve a visitar a su profesor, y se queja de que sigue siendo víctima del fetichismo de la mercancía. El profesor le dice: «Pero ahora conoce la realidad de la situación, sabe que las mercancías no son más que una expresión de las relaciones sociales, que no hay nada mágico en ellas». A lo cual el alumno contesta: «Pues claro que lo sé, pero las mercancías que manejo no parecen saberlo». A esto apuntaba Lacan con su afirmación de que la auténtica fórmula del materialismo no es «Dios no existe», sino «Dios es inconsciente»[34].

VARIACIONES

• Ésta, al menos, parece ser la posición predominante de las creencias de hoy en día, en una época que reclama para sí el título de «postideológica». Niels Bohr, que ya había contestado de manera acertada a la frase de Einstein «Dios no juega a los dados». («No le digas a Dios lo que tiene que hacer»), también proporciona un ejemplo perfecto de cómo el rechazo fetichista de las creencias funciona en la ideología: al ver una herradura en su puerta, el sorprendido visitante dijo que no creía en la superstición de que ese objeto diera buena suerte, a lo que Bohr contestó: «Yo tampoco creo en eso; la puse porque me dijeron que funciona aun cuando uno no crea en ella[35]».

• De nuevo, la auténtica tarea no es convencer al sujeto, sino a las mercancías-pollo: no cambiar nuestra manera de hablar de las mercancías, sino *cambiar la manera en que las mercancías hablan entre ellas*. Zupančič llega hasta el final e imagina un brillante ejemplo que se refiere al propio Dios: «En la sociedad ilustrada de, pongamos, el Terror revolucionario, meten a un hombre en la cárcel porque cree en Dios. Con diferentes métodos, pero por encima de todo mediante una explicación ilustrada, le convencen de que Dios no existe. Cuando le dicen que se marche, el

hombre regresa corriendo y dice que le da mucho miedo que Dios lo castigue. Naturalmente sabe que Dios no existe, pero ¿también lo sabe Dios?».

Es en este preciso sentido que nuestra época actual es quizá menos atea que la anterior: todos estamos dispuestos a entregarnos a un completo escepticismo, a una distancia cínica, a explotar a los demás «sin ilusiones», a violar todas las limitaciones éticas, a las prácticas sexuales extremas, etc., etc., protegidos por la silenciosa conciencia de que el gran Otro lo ignora por completo[36].

• En los últimos años de vida del presidente Tito, él fue realmente esa gallina: algunos archivos y memorias muestran que, ya a mediados de la década de 1970, las principales figuras que rodeaban a Tito eran conscientes de que la situación económica de Yugoslavia era catastrófica; sin embargo, puesto que la muerte de Tito era inminente, tomaron la decisión colectiva de posponer el estallido de la crisis hasta su muerte: el precio fue la rápida acumulación de deuda externa en los últimos años de vida de Tito, cuando Yugoslavia estaba, por citar al rico cliente del banco de *Psicosis* de Hitchcock, sobornando la infelicidad. Cuando Tito murió por fin en 1980, llegó la crisis económica, que condujo a una caída del 40 por ciento del nivel de vida, a tensiones étnicas y finalmente a una guerra civil y étnica que destruyó el país: el momento de enfrentarse a la crisis de manera adecuada había pasado. Podemos decir así que el clavo que remachó el ataúd de Yugoslavia fue el mismísimo intento por parte de su círculo dirigente de proteger la ignorancia de su líder, de mantener su mirada feliz.

POR ESTA RAZÓN los chistes del tipo «¿Cuál es la diferencia entre…?» son más eficaces cuando se niega la diferencia, como en el caso de: «¿Cuál es la diferencia entre un tren de juguete y los pechos de una mujer? Ninguna: ambos están pensados para los niños, pero son sobre todo los adultos quienes juegan con ellos[37]».

RESULTA SIGNIFICATIVO QUE EL ÚNICO CHISTE —o, si no chiste, el único momento irónico— que encontramos en Heidegger sea esa ocurrencia de bastante mal gusto sobre Lacan al calificarlo como «ese psiquiatra que sin duda necesita un psiquiatra» (en una carta a Medard Boss[38]).

ASÍ, PUESTO QUE LA GRACIA FUNDAMENTAL DE ESTE CHISTE reside en la inclusión en la serie de la excepción aparente (el paciente que se queja del ruido de los moribundos también se está muriendo), su «negación» habría sido un chiste cuya gracia final, por el contrario, implicaría la exclusión de la serie, es decir, la extracción del Uno, su postulación como una excepción en la serie, como en el caso de un chiste bosnio reciente en el que Fata (la proverbial esposa bosnia corriente) se queja al médico de que Muyo, su marido, le hace el amor durante horas cada noche, con lo que ni siquiera en la oscuridad de su habitación puede dormir lo suficiente, pues el marido se le tira encima una y otra vez. El buen doctor le aconseja que aplique una terapia de choque: debe colocar en la mesita de noche una lámpara potente; así, cuando realmente esté cansada de sexo, puede iluminar de repente la cara de Muyo; el impacto seguro que enfría su excesiva pasión. Esa misma noche, después de horas de sexo, Fata hace exactamente lo que le han aconsejado, y al encender la luz se encuentra con la cara de Haso, uno de los colegas de Muyo. Sorprendida, le pregunta: «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Muyo, mi marido?». El avergonzado Haso responde: «Bueno, la última vez que lo he visto estaba en la puerta, cobrando a los que hacen cola». El tercer término sería aquí una especie de chiste-correlativo del «juicio infinito», la tautología como suprema contradicción, como la anécdota de un hombre que se queja a su médico de que a menudo oye voces de personas que no están en la habitación. El doctor le contesta: «¿De verdad? Y para que yo pueda descubrir el significado de esta alucinación, ¿podría decirme en qué circunstancias exactas suele oír las voces de personas ausentes?». «Bueno, sobre todo cuando hablo por teléfono[39]».

ESTA CUESTIÓN QUEDA MÁS CLARA a través de un chiste especialmente morboso. Un paciente que se halla en una gran sala de hospital, con muchas camas, se queja al médico del ruido constante que hacen los demás pacientes, que le vuelve loco. El médico le contesta que no puede hacer nada; no se puede prohibir a los pacientes que expresen su desesperación, puesto que todos saben que se están muriendo. El paciente contesta: «¿Por qué entonces no pone una sala aparte para los que se están muriendo?». A lo que el médico responde con toda tranquilidad: «Pero si es *ésta* la sala de los que se están muriendo…»[40].

HAY OTRA TETERA a la que apunta el título de este librillo[41], la del chiste evocado por Freud a fin de expresar la extraña lógica de los sueños: (1) no te he pedido prestada ninguna tetera; (2) cuando te la devolví no estaba rota; (3) ya estaba rota cuando me la prestaste. Naturalmente, dicha enumeración de argumentos inconsistentes confirma *per negationem* lo que se pretende negar: que te he devuelto la tetera rota. ¿Acaso no es esa misma inconsistencia la que caracterizó la justificación del ataque a Irak a principios de 2003? (1). Sadam Husein posee armas de destrucción masiva que resultan «un peligro claro e inminente» no sólo para sus vecinos e Israel, sino para todos los estados democráticos occidentales. (2). ¿Qué hacer entonces cuando, en septiembre de 2003, David Kay, el funcionario de la CIA encargado de buscar las armas de destrucción masiva en Irak, tuvo que admitir que hasta ese momento no se había encontrado ninguna (después de que más de mil especialistas estadounidenses hubieran pasado meses buscándolas)? Entonces pasamos al siguiente nivel: aun cuando Sadam no tenga armas de destrucción masiva, estuvo implicado en el ataque de Al-Qaeda del 11-S, de manera que se le debería castigar como parte de esa justificada venganza por el 11-S y a fin de evitar más ataques como ése. (3). Sin embargo, en septiembre de 2003, incluso Bush tuvo que admitir: «No tenemos ninguna prueba de que Sadam Husein estuviera implicado en los ataques del 11 de septiembre». ¿Cómo tomarse, pues, tras ese doloroso reconocimiento, el hecho de que una reciente encuesta de opinión revelara que casi el 70 por ciento de los estadounidenses creían que el líder iraquí había estado personalmente involucrado en los ataques? Pasamos entonces al siguiente nivel: aun cuando no exista ninguna prueba de vinculación con Al-Qaeda, el régimen de Sadam es una dictadura despiadada, una amenaza para sus vecinos y una catástrofe para su propio pueblo, y ese hecho ya es suficiente para derrocarlo. El problema es, de nuevo, que había DEMASIADAS razones que justificaban el ataque.

También resulta interesante que el propio Kay presentara tres teorías para justificar el no haber encontrado armas de destrucción masiva: (1) las armas están en Irak, sólo que Sadam, ese «maestro del engaño», las ha escondido muy bien; (2) las armas no están en Irak, porque Sadam las sacó del país justo antes de la guerra; (3). Sadam nunca las tuvo, y se limitó a marcarse un farol para parecer más fuerte. (Y, como curiosidad, existe un giro excéntrico adicional: los científicos de Sadam lo estaban engañando, simplemente les daba demasiado miedo decirle que no poseían esas armas).

Y hay que decir, por cierto, que los que se oponían a la guerra parecían repetir la misma lógica inconsistente: (1) todo es por el control del petróleo y la hegemonía de los Estados Unidos: el verdadero Estado canalla que aterroriza a los demás es Estados Unidos; (2) aun cuando no sea sólo por el petróleo y la hegemonía, y el ataque esté justificado, pues Sadam es un asesino y un torturador, y su régimen una catástrofe criminal, será contraproducente: no servirá más que para dar un nuevo impulso a una gran oleada de terrorismo antiamericano; (3) aun cuando tenga éxito, el ataque a Irak

destinado a derrocar a Sadam costará demasiado, y sería mejor gastar el dinero en otra cosa.

VARIACIÓN

• El chiste evocado por Freud para hacernos comprender la extraña lógica de los sueños nos proporciona una útil glosa de la extraña lógica que acabamos de describir: (1) no te he pedido prestada ninguna tetera; (2) cuando te la devolví no estaba rota; (3) ya estaba rota cuando me la prestaste. Dicha enumeración de argumentos inconsistentes confirma mediante la negación lo que pretende negar: que te he devuelto la tetera rota. ¿Y no caracteriza esa misma inconsistencia la manera en que los islamistas radicales reaccionan ante el Holocausto? (1). El Holocausto no ocurrió. (2). Ocurrió, pero los judíos se lo merecieron. (3). Los judíos no se lo merecían, pero han perdido el derecho a quejarse al hacerle a los palestinos lo mismo que los nazis les hicieron a ellos[42].

EN LOS PRIMEROS TIEMPOS de su gobierno, a Tony Blair le gustaba parafrasear el famoso chiste de *La vida de Brian* de los Monty Python («Muy bien, pero, aparte del alcantarillado, la medicina, la educación, el vino, el orden público, la irrigación, las carreteras, el sistema de agua potable y la sanidad pública, ¿qué han hecho los romanos por nosotros?») a fin de desarmar a sus críticos con ironía: «Ellos han traicionado el socialismo. Cierto, han traído más seguridad social, han mejorado mucho la asistencia sanitaria y la educación, etc., pero, a pesar de todo eso, han traicionado el socialismo[43]».

EL EJEMPLO DEFINITIVO de esta ambigüedad se podría decir que es el *chocolate laxante* que se puede comprar en los Estados Unidos, con la paradójica frase publicitaria: «¿Padece estreñimiento? ¡Coma más de este chocolate!», que es, precisamente, lo que causa estreñimiento. ¿No encontramos aquí una extraña versión de la famosa línea de *Parsifal*, de Richard Wagner, «Sólo la lanza que causó la herida puede curarla»? ¿Y no constituye una prueba negativa de la hegemonía de esta postura el hecho de que el verdadero consumo ilimitado (en todas sus formas: drogas, sexo libre, tabaco) aparezca como el principal peligro? La lucha contra estos peligros es una de las principales inversiones de la «biopolítica» actual. Se buscan desesperadamente soluciones que reproduzcan la paradoja del chocolate laxante. El principal aspirante es el «sexo seguro», una expresión que nos hace apreciar la verdad del viejo dicho «¿Practicar el sexo con condón no es como darse una ducha con el impermeable puesto?». El objetivo final sería, siguiendo el ejemplo del café descafeinado, inventar el «opio sin opio»; no es de extrañar que la marihuana sea tan popular entre los liberales que pretenden legalizarla: ya ES una especie de «opio sin opio»[44].

EXISTE UN ELEMENTO DE VERDAD en un chiste acerca de la oración ideal de una joven cristiana a la Virgen María: «Oh, tú que concebiste sin pecado, ayúdame a pecar sin concebir». En el perverso funcionamiento del cristianismo, la religión es, de hecho, evocada como una salvaguarda que nos permite disfrutar de la vida con impunidad[45].

ENCONTRAMOS A CRISTO ocupando la posición del hijo en el maravilloso chiste acerca del rabino que se dirige desesperado a Dios, y le pregunta qué puede hacer con su malvado hijo, que lo ha decepcionado profundamente; Dios le contesta con tranquilidad: «Haz lo mismo que yo: escribe un nuevo testamento[46]».

LA CAÍDA mediante la cual Dios pierde la distancia y se involucra en la serie humana resulta perceptible en el clásico chiste de la República Democrática Alemana en el que Richard Nixon, Leonid Brézhnev y Erich Honecker hablan con Dios y le preguntan por el futuro de sus países. Dios le contesta a Nixon: «En el año 2000 los Estados Unidos serán comunistas». Nixon aparta la mirada y se echa a llorar. A Brézhnev le dice: «En el año 2000 la Unión Soviética estará bajo control chino». Después de que Brézhnev también haya apartado la mirada y se haya echado a llorar, Honecker finalmente pregunta: «¿Y cómo estará mi querida República Democrática Alemana?». Ahora es Dios quien aparta la mirada y se echa a llorar.

Ésta es la versión definitiva: tres rusos que comparten la misma celda en la prisión de Lubianka han sido condenados por delitos políticos. Cuando se conocen, el primero dice: «Me condenaron a cinco años por oponerme a Popov». El segundo dice: «Ah, entonces la línea del partido ha cambiado, porque a mí me condenaron a diez años por apoyar a Popov». Al final, el tercero dice: «A mí me han condenado a cadena perpetua, pues yo *soy* Popov[47]».

ESTO TAMBIÉN DESPOJA DE SU SENTIDO al chiste cristiano según el cual cuando, en Juan 8:1-11, Cristo les dice a los que quieren lapidar a la mujer adúltera «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra», recibe una pedrada de inmediato, a la que reacciona gritando: «¡Madre, te he pedido que te quedaras en casa!»[48].

EN SU LIBRO SOBRE EL CHISTE, Freud se refiere a la historia de un casamentero que intenta convencer a un joven de que contraiga matrimonio con una mujer a la que representa; su estrategia es transformar cada objeción en una cualidad meritoria. Cuando el hombre dice «Pero si es una mujer fea», él contesta: «Así no hay peligro de que te engañe». «Y es pobre». «Así está acostumbrada a no gastar mucho dinero», y así sucesivamente, hasta que al final, cuando el hombre formula un reproche que al casamentero le resulta imposible reinterpretar, éste estalla diciendo: «Pero ¿qué quieres? ¿La perfección? No hay nadie que no tenga algún defecto».

¿No sería posible discernir en este chiste la estructura subyacente a la legitimación de los regímenes del Socialismo Real? «En las tiendas no hay carne ni comida nutritiva suficientes». «Así no engordarás ni sufrirás un ataque al corazón». «No hay obras de teatro ni películas interesantes, y tampoco se pueden comprar libros buenos». «¿Acaso eso no te permite llevar a cabo una vida social más intensa, visitar a tus amigos y vecinos?». «La policía secreta ejerce un control total sobre mi vida». «Así podrás relajarte y llevar una vida sin preocupaciones», etc., etc. Hasta que: «Pero el aire está tan contaminado por la fábrica que tengo al lado de casa que mis hijos padecen enfermedades pulmonares que amenazan su salud». «¿Y qué quieres? No hay ningún sistema que no tenga algún defecto[49]».

VARIACIÓN

• En un viejo chiste soviético, un hombre entra en un banco, y, tras anunciar su intención de depositar cien rublos, pregunta si los depósitos son seguros. El cajero le dice que el banco garantiza todos los depósitos, pero el cliente pregunta: «¿Y si el banco quiebra?». El cajero responde que el banco central también garantiza los depósitos de todos los bancos locales. Pero el cliente insiste: ¿y si el banco central también quiebra? El cajero le responde de nuevo: «Entonces el Estado soviético garantiza todos los depósitos bancarios». Todavía no convencido, el cliente eleva la apuesta al máximo: «¿Y si todo el Estado soviético se desintegra?». Ante lo cual el cajero estalla: «¿Me está diciendo que no está dispuesto a perder esos miserables cien rublos para presenciar el maravilloso acontecimiento de la desaparición de la Unión Soviética?».

¿NO SERÍA POSIBLE reformular, de este modo, la historia elemental del cristianismo, a saber, como un chiste con un giro final inesperado? Un creyente se queja: «Me prometieron contacto con Dios, la gracia divina, pero estoy totalmente solo, abandonado por Dios, desamparado, sufriendo, y tan sólo me espera una muerte miserable». En ese momento le responde la voz divina: «Ves, ahora eres de verdad uno con Dios…, con Cristo sufriendo en la cruz[50]».

RECORDEMOS ESE CHISTE que expresa perfectamente la lógica de la (in)fam(e)osa tríada hegeliana. Tres amigos toman una copa en un bar; el primero dice: «Me ha ocurrido algo horrible. He ido a la agencia de viajes, y, en lugar de decir “Un ticket a Pittsburgh”, he dicho “Un piquete a Tetasburgh”». El segundo le contesta: «Ah, eso no es nada. Mientras desayunábamos, he querido decirle a mi mujer: “¿Podrías pasarme el azúcar, cariño?”, y en lugar de eso le he dicho: “Zorra asquerosa, me has destrozado la vida”». El tercero replica: «Espera a oír lo que me ha pasado a mí. Después de estar toda la noche haciendo acopio de valor, mientras desayunábamos he decidido decirle a mi mujer exactamente lo que le has dicho a la tuya, y lo que le he acabado diciendo ha sido: “¿Podrías pasarme el azúcar, cariño?”[51]».

UN INTERLUDIO HEGELIANO CÓMICO: DOS TONTOS MUY TONTOS

¿Cuánta gente se ha dado cuenta de que Dan Quayle y George W. Bush practican la dialéctica hegeliana sin saberlo? Hace dos décadas pensábamos que Quayle ya no podía sorprendernos; sin embargo, en comparación con Bush, Quayle se revela como una persona bastante inteligente. En relación con su famoso error al corregir la ortografía en inglés de la palabra «*potato*» por «*potatoe*», yo mismo debo admitir que siempre me pareció que Quayle tenía algo de razón: «*potatoe*» se acerca más a lo que Humboldt habría denominado la verdadera «forma interna» de la patata. (Sin embargo, debo admitir que experimento algo parecido a propósito del reciente uso por parte de Bush de la palabra «*Grecians*» —en inglés *grecian* es sólo un adjetivo— en lugar de «*Greeks*», que es el sustantivo correcto, en su frase: «Mantengamos buenas relaciones con los griegos [*Grecians*]». La palabra «*Grecians*» me parece un tanto más digna, al igual que la forma arcaica «*thou are*» en lugar de «*you are*», mientras que «*Greek*» se parece demasiado a «*geek*» [friqui de la tecnología], ¿y acaso los fundadores de nuestra noble civilización occidental no eran algo más que una simple pandilla de friquis?).

¿Cómo, entonces, comparar a Bush con Quayle? ¿Están los lapsus de Bush, al igual que los de Quayle en sus mejores momentos, al nivel de los maravillosos lapsus de los hermanos Marx («No es de extrañar que usted me recuerde a Emanuel Ravelli, ¡puesto que usted ES Ravelli!»), o de los no menos ingeniosos «goldwynismos», los dichos atribuidos al extraordinario productor de Hollywood Sam Goldwyn (desde «Un acuerdo oral vale menos que el papel en el que está escrito» hasta el célebre «Inclúyame fuera[52]»)? Casi todos los lapsus de Quayle y Bush siguen la fórmula básica de lo que los franceses llaman *lapalissades*, las expresiones tautológicas de lo obvio atribuidas a la figura mítica de Monsieur de la Palice, como, por ejemplo, «Una hora antes de su muerte, Monsieur de la Palice todavía estaba vivito y coleando». De hecho, la ingeniosa frase de De la Palice «¿Por qué no construimos nuestras ciudades en el campo, donde el aire es mucho más puro?» se acerca mucho a una concisa formulación de la política ecológica del Partido Republicano, expresada perfectamente por la obviedad de Bush: «Sé que el ser humano y los peces son capaces de coexistir de manera pacífica».

He aquí, pues, algunos ejemplos de este tipo elemental de desliz procedente de Bush y Quayle: «Si no tenemos éxito, corremos el riesgo de fracasar»; «Una baja participación en las elecciones indica que va a votar menos gente»; «Para la NASA, el espacio sigue siendo la mayor prioridad». Estas *lapalissades* se vuelven un poco más interesantes cuando la pura tautología se ofrece de manera enfática como explicación causal; veamos el siguiente desliz de Quayle: «Cuando me han

preguntado quién provocó los disturbios y los asesinatos de Los Ángeles, mi respuesta ha sido directa y sencilla. ¿A quién hay que culpar de los disturbios? A quienes los causaron. ¿A quién hay que culpar de los asesinatos? A quienes los cometieron». (Por supuesto, existe una lógica política conservadora implícita en esta tautología; es decir, estas palabras se basan en una negación implícita: no busques las causas «más profundas» en las circunstancias sociales; es a los culpables inmediatos a quienes hay que achacar toda la responsabilidad). La cosa se pone aún más interesante cuando, de una manera extrañamente hegeliana, Quayle refuta la identidad oponiendo la idea y sus simplificaciones empíricas: «No es la polución lo que está dañando el medio ambiente. Lo que lo ensucia son las impurezas del aire y el agua».

Mientras que Bush es incapaz de seguir a Quayle por este camino, a menudo llega a su altura en los lapsus en los que una oposición conceptual alcanza el nivel de autorrelación (*Selbstbeziehung*) dialéctica. Recordemos cómo postulaba la difícil oposición entre irreversibilidad y reversibilidad como algo reversible: «Creo que existe una tendencia irreversible hacia más libertad y democracia…, aunque eso podría cambiar». De manera que no es sólo que las cosas sean reversibles o irreversibles: una situación que parece irreversible podría transformarse en reversible. He aquí un ejemplo todavía mejor de esta reflexividad: «El futuro será mejor mañana». La cuestión no es sólo que Quayle cometiera un error al tratar de afirmar que mañana las cosas serán mejores: en el futuro próximo (mañana), *el propio futuro* nos parecerá más halagüeño. ¿Acaso Bush no reprodujo exactamente la misma estructura en su afirmación: «Uno de los denominadores comunes que he descubierto es que los hechos siempre están por encima de las expectativas»?

Con Quayle, esta reflexividad culmina en la siguiente cita en la que la serie de las tres evasiones/desmentidos se consuma cuando el hablante se suprime a sí mismo de la imagen: «El Holocausto fue un período obsceno en la historia de nuestro país. Me refiero a la historia de este siglo. Pero todos hemos vivido en este siglo. Yo no he vivido en este siglo». La lógica del progreso en esta serie es inexorable: primero, en sus prisas por saldar cuentas con el oscuro pasado de su propio país, Quayle le atribuye el crimen del siglo, que NO cometió; a continuación se retracta, especificando que el acto no fue cometido por su país; en un intento desesperado por regresar a la lógica de saldar cuentas con el pasado, constituye una nueva comunidad: ya no se trata de «nuestra nación», sino de todos los que vivimos en el siglo pasado, que somos corresponsables del Holocausto; al fin, al comprender el lío en el que se ha metido, como si de inmediato optara por una huida rápida, se excluye de su propio siglo. En resumen, en un gesto que constituye la perfecta inversión del «inclúyame fuera», Quayle ¡«se excluye dentro» de su siglo! No es de extrañar, por tanto, que después de este embrollo, salga con una afirmación que proporciona la más sucinta caracterización de Bush: «Ocurre a veces que sujetos muy raros alcanzan puestos de

responsabilidad y ejercen una tremenda influencia en la historia».

Sin embargo, existen dos dominios en los que Bush va mucho más allá que Quayle; el primero es el de la dialéctica posmoderna de la certidumbre y la incertidumbre. En el pensamiento de Bush, la incertidumbre (acerca de la figura empírica del enemigo), lejos de disminuir el peligro, se invierte dialécticamente para transformarse en una mayor certeza de que DEBE HABER un enemigo, más peligroso aún por el hecho de que no sabemos quién es exactamente. Por lo que, cuanto más incierto sea el enemigo, más seguros podemos estar de que asoma ahí fuera: «Éste es un mundo mucho más incierto que el del pasado. En el pasado teníamos la certidumbre, estábamos seguros de que éramos nosotros contra los rusos. Teníamos esa certidumbre, y por tanto disponíamos de enormes arsenales nucleares con los que nos apuntábamos para mantener la paz. (…) Aunque éste sea un mundo incierto, estamos seguros de algunas cosas. (…) Estamos seguros de que en este mundo hay locos, de que existe el terror y de que hay misiles, y de eso yo también estoy seguro». Bush también sobrepasa a Quayle con relación al refinado giro reflexivo del sencillo precepto cristiano: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Bush aprendió la lección de la dialéctica del deseo de reconocimiento de *La fenomenología del espíritu* de Hegel: no dirigimos nuestro amor hacia nosotros mismos; lo que en realidad nos encanta es que los demás nos amen, es decir, nos encanta que otros nos amen: «Todos debemos escuchar la llamada universal a apreciar a nuestro prójimo exactamente igual que como nos gusta que nos aprecien». Por tanto, ¿qué debería hacer el desventurado Bush para evitar el triste destino de Quayle y disipar la ceguera de los estúpidos liberales, incapaces de apreciar el oculto refinamiento dialéctico de sus afirmaciones? Como todos sabemos, no sólo es cierto que *du sublime au ridicule, il n'y a qu'un pas*; también se puede decir lo contrario. Así que quizá Bush debería aprender el arte de generar profundas intuiciones a partir de inversiones tautológicas. Es decir, cuando recordamos la famosa inversión de Heidegger «*das Wesen der Wahrheit ist die Wahrheit des Wesens*» [la esencia de la verdad es la verdad de la esencia], o su estrategia retórica de excluir *das Wesen* de algún dominio de ese mismísimo dominio («la esencia de la tecnología no es nada tecnológico»), no debería sorprendernos lo fácil que resultaría transformar algún *bushismo* en un pensamiento profundo. «Éste es el Mes de la Conservación. Agradezco la conservación. Es lo que haces cuando te presentas a presidente. Tienes que conservar» podría traducirse de la siguiente manera: «La esencia de la conservación no tiene nada que ver con la conservación óntica de nuestros recursos físicos. La esencia de la conservación es la conservación de la esencia de nuestra propia sociedad, y eso es lo que tiene que hacer el presidente de los Estados Unidos, aun cuando, a un nivel óntico vulgar, esté permitiendo la destrucción de más recursos naturales que en toda la historia anterior de los Estados Unidos».

Al aprender este arte, Bush recuperará la oportunidad de demostrar que es un digno sucesor de Bill Clinton, puesto que esta tendencia heideggeriana de la

presidencia estadounidense ya era perceptible en la época de Clinton: cuando Clinton contestó a la pregunta del fiscal acerca de su relación con Monica Lewinsky («¿Es cierto que…?») con la infame frase «Depende de lo que quiera decir con “es”», ¿no apuntaba hacia la *Seinsfrage* [cuestión del ser]. heideggeriana[53]?

RECORDEMOS LA CLÁSICA FRASE DE GROUCHO MARX: «Este hombre puede que parezca idiota y se comporte como un idiota, pero no deje que eso le engañe: realmente es un idiota». ¿Acaso el desenlace de *Vértigo* de Hitchcock no es una versión de este chiste? «Esta mujer (Judy) puede que parezca Madeleine y se comporte como Madeleine, pero no dejes que eso te engañe: realmente es Madeleine[54]».

VARIACIÓN

• Recordemos ese chiste de los hermanos Marx acerca de Ravelli que se cita a menudo. *Spaulding*: Sabe, conocía a un tipo que era exactamente igual que usted, se llamaba…, mmm…, ah, sí, Emanuel Ravelli. ¿Es usted su hermano? *Ravelli*: Yo soy Emanuel Ravelli. *Spaulding*: ¿Es usted Emanuel Ravelli? *Ravelli*: Yo soy Emanuel Ravelli. *Spaulding*: Bueno, no es de extrañar que sea igual que él… Aunque sigo insistiendo en que hay un parecido[55].

HOY EN DÍA, EL VIEJO CHISTE ACERCA DE UN RICO que le dice a su criado «Echa a este mendigo. Soy tan sensible que no soporto ver sufrir a la gente» resulta más oportuno que nunca[56].

EN UN VIEJO CHISTE de la difunta República Democrática Alemana, un obrero alemán consigue un trabajo en Siberia; sabiendo que todo su correo será leído por los censores, les dice a sus amigos: «Acordemos un código en clave: si os llega una carta mía escrita en tinta azul normal, lo que cuenta es cierto; si está escrita en rojo, es falso». Al cabo de un mes, a sus amigos les llega la primera carta, escrita con tinta azul: «Aquí todo es maravilloso: las tiendas están llenas, la comida es abundante, los apartamentos son grandes y con buena calefacción, en los cines pasan películas de Occidente y hay muchas chicas guapas dispuestas a tener un romance. Lo único que no se puede conseguir es *tinta roja*».

¿Y no es ésta nuestra situación hasta ahora? Contamos con todas las libertades que queremos; lo único que nos falta es la «tinta roja»: nos «sentimos libres» porque carecemos del lenguaje para expresar nuestra falta de libertad. Lo que esta carencia de tinta roja significa es que, hoy en día, todas las principales expresiones que utilizamos para designar el presente conflicto —«guerra contra el terror», «democracia y libertad», «derechos humanos»— son falsas, enturbian nuestra percepción de las cosas en lugar de permitirnos pensar en ellas. La tarea que se nos plantea hoy en día es darles a los manifestantes tinta roja[57].

EN UN DIÁLOGO CLÁSICO de una comedia alocada de Hollywood, la chica le pregunta a su novio: «¿Quieres casarte conmigo?». «¡No!». «¡Basta ya de evasivas! ¡Dame una respuesta directa!». En cierto modo, la lógica subyacente es correcta: la única respuesta aceptable para la muchacha es «Sí», por lo que cualquier otra cosa, incluyendo un rotundo «No», se considera una evasiva. Esta lógica subyacente, por supuesto, es de nuevo la de la elección forzada: eres libre para decidir, a condición de que tomes la decisión correcta. ¿Acaso un sacerdote no se basaría en la misma paradoja en una disputa con un laico escéptico? «¿Cree en Dios?». «No». «¡Basta de evasivas! ¡Deme una respuesta directa!». De nuevo, a ojos del sacerdote, la única respuesta directa es profesar la fe en Dios: lejos de representar una postura clara y simétrica, el rechazo de la fe por parte del ateo es un intento de eludir la cuestión del encuentro divino. Y hoy en día, ¿no pasa lo mismo con la elección «democracia o fundamentalismo»? Dentro de los términos de esa elección, ¿acaso no es sencillamente imposible escoger «fundamentalismo»? Lo que resulta problemático de la manera en que la ideología dominante nos impone esta elección no es el «fundamentalismo», sino más bien *la propia democracia*: como si la única alternativa al «fundamentalismo» fuera el sistema político de la democracia liberal parlamentaria[58].

HAY UN CHISTE ISRAELÍ en el que Bill Clinton visita a Bibi Netanyahu: cuando Clinton ve un misterioso teléfono azul en el despacho de Bibi, le pregunta qué es, y Bibi le contesta que le permite comunicarse con el Altísimo en el cielo. A su regreso a los Estados Unidos, el envidioso Clinton exige que su servicio secreto le proporcione ese teléfono a cualquier precio. Se lo entregan a las dos semanas, y funciona, pero la factura es exorbitante: dos millones de dólares por hablar un minuto con el Altísimo en el cielo. Así que, furioso, Clinton llama a Bibi y se queja: «¿Cómo te puedes permitir ese teléfono, si ni siquiera nosotros, que te apoyamos económicamente, podemos hacerlo? ¿Así es como gastas nuestro dinero?». Bibi le contesta con mucha tranquilidad: «No, aquí no funciona así. Para nosotros, los judíos, esa llamada cuenta como local».

Resulta interesante que en la versión soviética del chiste, Dios sea reemplazado por el infierno: cuando Nixon visita a Brézhnev y ve un teléfono especial, éste le explica que le sirve para comunicarse con el infierno; al final del chiste, cuando Nixon se queja del precio de la llamada, Brézhnev le responde tranquilamente: «Para nosotros, en la Unión Soviética, telefonear al infierno cuenta como una llamada local[59]».

HABRÍA QUE ASUMIR, por tanto, la paradoja de que los campos de concentración y los campos de refugiados para el reparto de ayuda humanitaria tienen las dos caras, la «humana» y la «inhumana», de la misma matriz formal socio-lógica. En ambos casos, se puede aplicar el cruel chiste de la película de Lubitsch *Ser o no ser*; cuando se le pregunta por los campos de concentración alemanes en la Polonia ocupada, el personaje llamado «Campo de concentración Erhardt» responde: «Nosotros los concentramos, y ellos hacen la acampada». (¿Y no se podría decir lo mismo de la bancarrota de Enron en enero de 2002, que puede ser interpretada como una especie de comentario irónico a la idea de la sociedad del riesgo? Miles de empleados que perdieron sus trabajos y ahorros sin duda se expusieron a un riesgo, aunque en realidad sin ninguna opción: el riesgo se les presentó como un destino ciego. Los que, por el contrario, conocían perfectamente los riesgos y también tenían la posibilidad de intervenir para poner remedio [los altos directivos] minimizaron sus riesgos vendiendo sus acciones y opciones financieras antes de la bancarrota, con lo que los riesgos y las decisiones reales quedaron perfectamente distribuidos. Así, a propósito de la idea recurrente de que la sociedad actual es una sociedad de decisiones arriesgadas, podemos decir que algunos [los directivos de Enron] toman las decisiones, mientras que otros [los empleados] son los que corren los riesgos)[60].

EN UNA DE LAS ESCENAS MÁS DIVERTIDAS de *Ser o no ser*, el pretencioso actor polaco Josef Tura, que, como parte de una misión secreta, tiene que encarnar al cruel oficial de alto rango de la Gestapo Erhardt, lo interpreta de manera exagerada, reaccionando a los comentarios de su interlocutor acerca del cruel tratamiento dispensado a los polacos con una sonora y vulgar carcajada y una respuesta llena de satisfacción: «¡Así que me llaman “Campo de concentración Erhardt”, ja, ja, ja!». Nosotros, los espectadores, lo vemos como una caricatura ridícula. Sin embargo, un poco más tarde, Tura tiene que escapar y llega el auténtico Erhardt; cuando la conversación de nuevo se refiere a los rumores que corren acerca de él, reacciona ante sus interlocutores *justo de la misma manera ridículamente exagerada* que la persona que lo encarnaba. El mensaje es claro: ni siquiera el propio Erhardt es inmediatamente él mismo, sino que también imita su propia copia, o, para ser exactos, la idea ridiculizada de sí misma. Si Tura lo interpreta a él, Erhardt se interpreta a sí mismo.

En la película de Hitchcock *Vértigo*, encontramos una versión más trágica de la misma misteriosa coincidencia: Judy, una chica de clase baja, que a causa de la presión ejercida por Scottie y de su amor por él se esfuerza por parecer y comportarse como la etérea Madeleine, de clase alta, resulta SER Madeleine: son la misma persona, puesto que la «auténtica». Madeleine que había conocido Scottie ya era una falsificación. Sin embargo, la identidad entre Judy y Judy-Madeleine de nuevo pone en evidencia la absoluta otredad de Madeleine en relación con Judy: la Madeleine que no aparece en ninguna parte, que está presente sólo bajo el aspecto del «aura» etérea que rodea a JudyMadeleine[61].

JEREMY BENTHAM hizo uso de la singular idea del «auto-icono», es decir, la idea de que una cosa es su mejor signo (como el chiste de Lewis Carroll que cuenta que los ingleses utilizan mapas cada vez más grandes, hasta que al final acaban utilizando la propia Inglaterra como *su propio mapa*[62]).

EN LA MEDIDA EN QUE EL MELANCÓLICO SE LAMENTA por lo que todavía no ha perdido, en la melancolía encontramos una subversión cómica inherente del procedimiento trágico del lamento, como en el viejo chiste racista sobre los gitanos: cuando llueve, son felices porque saben que después de la lluvia siempre sale el sol; cuando luce el sol, están tristes porque saben que después del sol, en algún momento, lloverá[63].

EN UN VIEJO CHISTE SOVIÉTICO, un oyente pregunta en Radio Erevan: «¿Es verdad que Rabinovitch ha ganado un coche nuevo en la lotería estatal?». Radio Erevan le contesta: «En principio, sí, ha ganado un coche nuevo. Sólo que no es un coche, sino una bicicleta, y tampoco es nueva, sino vieja, y no la ha ganado, sino que se la han robado[64]».

HAY UN VIEJO CHISTE RACISTA, popular en la antigua Yugoslavia, en el que un gitano es examinado por un psiquiatra. El psiquiatra primero le explica al gitano lo que es la asociación libre: tienes que decir inmediatamente lo que se te pasa por la cabeza en respuesta a lo que dice el psiquiatra. Entonces comienza el test: el psiquiatra dice «mesa», y el gitano contesta «follarme a Fatima»; el psiquiatra dice «cielo», y el gitano contesta «follarme a Fatima», y así sucesivamente hasta que el psiquiatra estalla: «¡No me ha entendido! Debe decirme lo que se le pasa por la cabeza, lo que está pensando después de que yo diga una palabra». Y el gitano contesta tranquilamente: «Sí, ya lo he entendido, no soy estúpido, ¡pero es que *todo el rato* pienso en follarme a Fatima!»[65].

ESTE CHISTE, que claramente muestra la estructura de la «universalidad abstracta» hegeliana, ha de complementarse, sin embargo, con el final de otro chiste en el que un alumno se examina delante de su profesor de biología. El examen trata de diferentes tipos de animales, y el alumno siempre reduce la respuesta a la definición del caballo: «¿Qué es un elefante?». «Un animal que vive en la selva, donde no hay caballos. Un caballo es un mamífero doméstico de cuatro patas, que se utiliza para montar, trabajar en el campo o para tirar de un vehículo». «¿Qué es un pez?». «Un animal que no tiene patas, al contrario que el caballo. Un caballo es un mamífero doméstico…». «¿Qué es un perro?». «Un animal que, a diferencia del caballo, ladra. Un caballo es un mamífero doméstico…», etc., etc., hasta que, por fin, el desesperado profesor le pregunta al alumno: «Muy bien, ¿qué es un caballo?». Perplejo y sin saber qué decir, el sorprendido alumno comienza a farfullar y a llorar, incapaz de dar una respuesta[66].

LOS CHISTES ACERCA DEL PRESIDENTE CROATA Franjo Tudjman en general muestran una estructura de cierto interés para la teoría lacaniana. Por ejemplo: ¿por qué es imposible jugar al «escondite» con Tudjman? Porque si se escondiera, nadie se molestaría en buscarlo… He aquí una interesante cuestión libidinal que nos indica que esconderse sólo tiene sentido si alguien pretende encontrarte. El ejemplo supremo nos lo ofrecen Tudjman y su gran familia en un avión que vuela sobre Croacia. Consciente de los rumores de que muchos croatas llevan una vida desdichada y miserable, mientras él y sus compinches amasan una gran riqueza, Tudjman dice: «¿Y si lanzara un cheque por un millón de dólares por la ventanilla? Entonces al menos un croata, el que lo cogiera, sería feliz, ¿no?». Su aduladora esposa dice: «Pero Franjo, querido, ¿por qué no arrojas dos cheques de medio millón cada uno, y así tendrás a dos croatas felices?». Su hija añade: «¿Y por qué no cuatro cheques de un cuarto de millón cada uno, y harás felices a cuatro croatas?». Y así sucesivamente hasta que, al final, su nieto —el proverbial niño inocente que sin darse cuenta suelta la verdad— dice: «Pero, abuelo, ¿por qué simplemente no te tiras tú por la ventanilla, y así *todos* los croatas serán felices?»[67].

HAY UN CLÁSICO CHISTE-ACERTIJO SERBOCROATA bastante vulgar: «¿Cómo preparas huevos a los ojos[68]? Poniendo una polla en la frente». (En los idiomas eslavos, la palabra vulgar para los testículos es «huevos», no «pelotas»). Explica la escena que presencié en un cuartel: después de una cena bastante mala, que muy pocos soldados se comieron, el desdichado soldado que iba a ser víctima de la broma, echado en su cama, se quejó en voz alta de que todavía tenía mucha hambre, y dijo que no le importaría tomar algo sencillo, quizá unos huevos a los ojos; sus compañeros aprovecharon la oportunidad de inmediato y le prepararon unos «huevos a los ojos» colocándole una polla en la frente[69].

EN LOS BUENOS TIEMPOS del «socialismo real», a todos los escolares se les repetía una y otra vez que Lenin leía vorazmente, así como su consejo para los jóvenes: «¡Aprended, aprended, aprended!». Un chiste clásico de la época del socialismo produce un interesante efecto subversivo utilizando este lema en un contexto inesperado. A Marx, Engels y Lenin se les pregunta qué prefieren, si una esposa o una amante. Marx, cuya actitud en cuestiones íntimas se sabe que era bastante conservadora, contesta: «Una esposa». Engels, que era un hombre que sabía disfrutar de la vida, por supuesto contesta: «Una amante». Pero la sorpresa llega con Lenin, que contesta: «Las dos cosas, una esposa y una amante». ¿Acaso, sin que nadie lo supiera, era muy amante de los placeres sexuales? No, puesto que explica con rapidez: «Así le puedes decir a tu amante que estás con tu mujer, y a tu mujer que estás con tu amante». «¿Y qué haces en realidad?». «Me voy a un lugar solitario y aprendo, aprendo, aprendo[70]».

DOS CHISTES VULGARES sobre testículos de la Europa del Este ilustran perfectamente la oposición entre el necio y el truhán. En el primero, un hombre está sentado en un bar bebiendo whisky; hay un mono que baila por la barra, y que de repente se detiene junto a su vaso, se remoja las pelotas en él y se aleja bailando. Estupefacto, el hombre pide otro vaso de whisky; el mono se le acerca otra vez y hace lo mismo. Furioso, el cliente le pregunta al barman: «¿Sabe por qué el mono se remoja las pelotas en mi whisky?». El barman contesta: «No tengo ni idea. Pregúntele al gitano, él lo sabe todo». El cliente se vuelve hacia el gitano, que se pasea por el bar entreteniendo a los clientes con su violín y sus canciones, y le pregunta: «¿Sabe por qué ese mono se remoja las pelotas en mi whisky?». El gitano responde tranquilamente: «Sí, por supuesto», y se pone a cantar una canción triste y melancólica: «Por qué ese mono se remoja las pelotas en mi whisky, oh, por qué ese mono…». La gracia, claro, reside en que se supone que los músicos gitanos conocen centenares de canciones que interpretan a petición de los clientes, de manera que el gitano ha tomado la pregunta del cliente como una petición para que le cantara una canción acerca de un mono que se remoja las pelotas en el whisky. Ésta es la poesía de la ideología en su estado más puro.

El segundo chiste tiene lugar en la Rusia del siglo XIV, bajo la ocupación mongola. Un campesino y su esposa caminan por un polvoriento camino rural. Un guerrero mongol a caballo se detiene a su lado y le dice al campesino que va a violar a su esposa, tras lo cual añade: «Pero, como hay mucho polvo en el camino, mientras violo a tu mujer tienes que sujetarme los testículos para que no se me ensucien». En cuanto el mongol lleva a cabo la violación y se aleja, el campesino se echa a reír y a saltar de alegría. La sorprendida mujer le pregunta: «¿Cómo puedes estar aquí saltando de alegría cuando he sido brutalmente violada en tu presencia?». El granjero le contesta: «Pero el guerrero no se ha salido con la suya. ¡Le he llenado las pelotas de polvo!». Este triste chiste revela la apurada situación de los disidentes: creían estar socavando la *nomenklatura* del partido (los representantes de la gente corriente), pero todo lo que conseguían era echar un poco de polvo sobre los testículos de la *nomenklatura*, pues éstos seguían violando a la gente. ¿No se halla en una posición parecida la izquierda crítica actual? (Al hecho de echar un poco de polvo sobre las pelotas de los que están en el poder hoy en día se le llama «deconstrucción» y «protección de las libertades individuales»). En una famosa confrontación en la Universidad de Salamanca en 1936, Miguel de Unamuno les soltó a los franquistas: «Venceréis, pero no convenceréis». ¿Es todo lo que le puede decir la izquierda actual al triunfante capitalismo global? ¿Está la izquierda predestinada a seguir interpretando el papel de los que, por el contrario, convencen pero fracasan (y resultan especialmente convincentes a la hora de explicar de manera retroactiva las razones de su propio fracaso)? Nuestra tarea es descubrir cómo dar un paso más; nuestra tesis n.º 11 debería ser: en nuestras sociedades, los izquierdistas críticos hasta ahora sólo han ensuciado de polvo las pelotas de los que están en el poder: lo

importante es cortárselas[71].

CONSIDEREMOS ESE VIEJO CHISTE acerca de la diferencia entre el socialismo burocrático al estilo soviético y el socialismo autogestionado yugoslavo: en Rusia, los miembros de la *nomenklatura* conducen ellos mismos sus carísimas limusinas, mientras que en Yugoslavia *la gente corriente va en limusina a través de sus representantes*[72].

SIN DUDA, LOS MÁS GRANDES MAESTROS del humor en el cine (en lugar de los chistes de los hermanos Marx) son los miembros de Monty Python. Un episodio de su película *El sentido de la vida* tiene lugar en el apartamento de una pareja. Dos hombres pertenecientes al negocio de «trasplantes de órganos vivos» llaman al timbre y exigen el hígado del marido. El pobre hombre se resiste: tienen derecho a llevarse su hígado sólo en la eventualidad de que muera; pero los dos hombres le aseguran que, en cualquier caso, no es probable que sobreviva a la extirpación del hígado.

Los dos hombres se ponen a trabajar, extrayendo órganos ensangrentados de las vísceras de su víctima con fría indiferencia. La mujer no soporta verlo y se va a la cocina; uno de los dos hombres la sigue y también le pide su hígado. Ella se niega; sin embargo, en ese momento un hombre sale de la nevera y se pone a cantar acerca de los miles de millones de estrellas y planetas y su inteligente disposición en el universo. En cuanto la mujer comprende lo pequeño e insignificante que es su problema comparado con el universo, de buena gana está dispuesta a donar su hígado[73].

ESTA REFERENCIA INHERENTE al Otro, según la cual «no existe don Giovanni sin Leporello» (evidentemente don Giovanni considera la inscripción de sus conquistas en el registro de Leporello como algo más importante que el propio placer que éstas le proporcionan), es el tema de un chiste de clase baja en el que un pobre campesino, después de sobrevivir a un naufragio, se encuentra en una isla desierta con Cindy Crawford. Después de mantener relaciones sexuales con ella, ésta le pregunta si ha quedado plenamente satisfecho; la respuesta del hombre es que sí, pero que para que su satisfacción sea completa, desea formular una pequeña petición: ¿le importaría disfrazarse de su mejor amigo, ponerse unos pantalones y pintarse un bigote? Ante la reacción de sorpresa de Cindy, y su sospecha de que el campesino es un pervertido, él la consuela diciendo que no es eso, como verá de inmediato. Así que, en cuanto Cindy lleva a cabo su petición, él se le acerca, le da un codazo en el costado y le dice, con esa obscena sonrisa de complicidad masculina: «¿Sabes qué me ha pasado? ¡Acabo de acostarme con Cindy Crawford!»[74].

TAL COMO RECALCABA DELEUZE, el estúpido chiste acerca de un masoquista que le pide a un sádico que le golpee cruelmente, ante lo que el sádico le responde con una sonrisa maliciosa «No, jamás…» pasa por alto algo fundamental: la relación entre el sadismo y el masoquismo no es complementaria; es decir, el sádico y el masoquista de ninguna manera forman una pareja ideal; no es una relación en la que cada uno de los dos obtiene del otro lo que quiere (en la que el dolor del masoquista provoque directamente la satisfacción del sádico, y viceversa[75]).

EN UNA DE SUS CARTAS, Freud se refiere al chiste del recién casado que, cuando sus amigos le preguntan qué aspecto tiene su mujer, si es guapa, contesta: «A mí personalmente no me lo parece, pero es cuestión de gustos[76]».

HITCHCOCK CUENTA el chiste que dio nombre al objeto llamado McGuffin, que de hecho es un chiste de «extraños en un tren». También cuenta con una versión yugoslava de final alternativo:

—¿Qué es eso que hay en el portaequipajes?

—Un McGuffin.

—¿Y para qué sirve?

—Para matar leones en las Tierras Altas de Escocia.

—En las Tierras Altas de Escocia no hay leones.

Remate A: —Bueno, entonces no es un McGuffin.

Remate B: —¿Ves? Funciona[77].

EL SUJETO HEGELIANO emerge precisamente mediante una nueva aplicación reflexiva y autorrelacionada de un operador lógico, igual que en el consabido chiste del caníbal que se comió al último caníbal de la tribu[78].

UNA DE LAS CONCLUSIONES que podemos extraer de esto es que, al intentar ofrecer una respuesta a la pregunta: «¿Por qué se escogió concretamente a los judíos para jugar el papel de chivo expiatorio en la ideología antisemita?», podríamos fácilmente sucumbir a la mismísima trampa del antisemitismo: buscar en ellos algún rasgo misterioso que, por así decir, los predestinara para el papel. El hecho de que los judíos fueran escogidos para el papel de «judíos» es, en última instancia, contingente, como señala un chiste sobre el antisemitismo: «Los judíos y los ciclistas son los responsables de todos nuestros problemas. —¿Por qué los ciclistas? —¿POR QUÉ LOS JUDÍOS?»[79].

SU MECANISMO SUBYACENTE fue elaborado por Michel Pêcheux a propósito de los chistes del tipo: «Papá nació en Manchester, mamá en Bristol y yo en Londres: ¡qué raro que los tres nos hayamos conocido!»[80].

ESTA INTERPRETACIÓN DE HEGEL inevitablemente va en contra de la idea aceptada del «conocimiento absoluto» como un monstruo de totalidad conceptual que devora toda contingencia; este tópico hegeliano simplemente *dispara demasiado rápido*, al igual que el soldado que está de patrulla en el chiste de la Polonia de Jaruzelski justo después del golpe militar. En aquella época, las patrullas militares tenían derecho a disparar sin previo aviso a la gente que caminaba por la calle después del toque de queda (las diez). En una patrulla de dos soldados, uno de ellos ve a alguien que camina muy deprisa a las diez menos diez, y le dispara de inmediato. Cuando su colega le pregunta por qué ha disparado cuando sólo eran las diez menos diez, él le contesta: «Es que le conocía: vivía muy lejos de aquí, y en cualquier caso no habría podido llegar a su casa en diez minutos, así que, para simplificar las cosas, le he disparado ahora[81]».

LA CUESTIÓN ES, TAL COMO LO EXPRESA LACAN, que el emperador está desnudo sólo debajo de sus ropas, así que, si el psicoanálisis posee un gesto desenmascarador, está más cerca del chiste de Alphonse Allais citado por Lacan: alguien señala a una mujer y profiere un grito espeluznante: «Miradla, qué vergüenza, ¡debajo de la ropa está completamente desnuda!»[82].

HAY UN CHISTE MUY HEGELIANO que ilustra perfectamente la manera en que la verdad surge a partir del irreconocimiento: la manera en que nuestro camino hacia la verdad coincide con la propia verdad. A principios de siglo, un polaco y un judío están sentados en un tren, el uno frente al otro. El polaco se agita nervioso, sin dejar de observar al judío; hay algo que le irrita. Al final, sin poder seguir reprimiéndose, explota: «Dígame, ¿cómo es que ustedes los judíos consiguen sacarle a la gente hasta la última moneda y así acumular toda su riqueza?». El judío le contesta: «Muy bien, se lo diré, pero no gratis; primero tiene que darme cinco eslotis [la moneda polaca]». Tras recibir la cantidad solicitada, el judío comienza a decir: «Primero se coge un pescado muerto; se le corta la cabeza y se meten las entrañas en un vaso de agua. Luego, a eso de la medianoche, cuando haya luna llena, se entierra el vaso en un cementerio…». «Y», le interrumpe el polaco con expresión codiciosa, «si hago eso, ¿me haré rico?». «No tan deprisa», replica el judío. «Eso no es todo lo que tiene que hacer, pero, si quiere oír el resto, tiene que pagar otros cinco eslotis». Tras recibir el dinero adicional, el judío prosigue su relato; poco después vuelve a pedir más dinero, y así sucesivamente, hasta que al final el polaco acaba estallando: «Sucio bribón, ¿de verdad cree que no me he dado cuenta de lo que pretende? ¡No hay ningún secreto, simplemente quiere sacarme hasta la última moneda!». Entonces el judío le contesta resignado, sin perder la calma: «Bueno, ahora ya entiende cómo nosotros, los judíos…»[83].

VARIACIÓN

• Recordemos el chiste del judío y el polaco en el que el judío le saca el dinero al polaco con el pretexto de revelarle el secreto de cómo los judíos consiguen sacarle a la gente hasta el último centavo. El violento arranque antifeminista de Weininger —«Las mujeres no tienen ningún secreto; detrás de la máscara del Enigma, simplemente no hay nada»— está al nivel de la furia del polaco, que estalla cuando al final comprende que el judío, al posponer de manera interminable la revelación final, se está limitando a sacarle más y más dinero. Lo que Weininger no consigue es llevar a cabo un gesto que se corresponda con la respuesta del judío cuando el polaco monta en cólera: «Bueno, ahora ya entiende cómo nosotros, los judíos…». Es decir, un gesto que reinterpretaría, reinscribiría, el fracaso como éxito, algo parecido a: «Mirad, esta nada que hay detrás de la máscara es la mismísima negatividad absoluta que hace que la mujer sea el sujeto *par excellence*, no un objeto limitado opuesto a la fuerza de la subjetividad[84]».

HAY OTRO CHISTE QUE POSEE exactamente la misma estructura, pero no suele citarse a menudo. Nos referimos al chiste de las Puertas de la Ley que aparece en el capítulo noveno de *El proceso* de Kafka, al giro final cuando el agonizante hombre del campo le pregunta al guardián: «Todos se esfuerzan por llegar a la ley; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?». El guardián comprende que el hombre está en las últimas y, para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice al oído con voz atronadora: «Nadie podía pretenderlo, porque esta entrada era sólo para ti. Ahora voy a cerrarla[85]».

Incluso podríamos inventar otro final para la historia de Kafka que la aproximara más al chiste del polaco y el judío; tras una larga espera, el hombre del campo irrumpe furioso y comienza a gritarle al guardián: «¡Sucio bribón, ¿por qué finges proteger la entrada a un gran secreto cuando sabes muy bien que detrás de la puerta no hay ninguno, que esta puerta era sólo para mí, para capturar mi deseo?!». A lo que el guardián (si fuera un psicoanalista) respondería con mucha calma: «Ya ves, has descubierto el auténtico secreto: detrás de la puerta sólo hay lo que tu deseo introduce[86]».

EL LACANIANO «TÍTULO DE LA LETRA» está más cerca del título de un cuadro. Por ejemplo, el que se describe en el chiste de *Lenin en Varsovia*. En una exposición artística en Moscú, se ve un cuadro en el que aparece Nadezdha Krúpskaya, la esposa de Lenin, en la cama con un miembro joven del Komsomol. El título del cuadro es *Lenin en Varsovia*. Un perplejo visitante le pregunta al guía: «Pero ¿dónde está Lenin?». El guía le contesta, circunspecto y con gran dignidad: «Lenin está en Varsovia[87]».

SI EL CHISTE ACERCA DE LENIN EN VARSOVIA ejemplifica la lógica del significante-amo, hay otro chiste —en cierto modo, su inversión simétrica— que ejemplifica la lógica del objeto: es el chiste del recluta que intenta eludir el servicio militar fingiendo estar loco. Su síntoma es que de manera compulsiva comprueba todos los trozos de papel que caen en sus manos, y constantemente repite: «¡No es éste!». Lo mandan al psiquiatra militar, en cuya consulta también examina todos los papeles que encuentra, incluyendo los de la papelera, mientras repite constantemente: «¡No es éste!». El psiquiatra, convencido al fin de que el hombre está loco de verdad, le extiende un documento que lo libera del servicio militar. El recluta le lanza una mirada y dice muy contento: «¡Es *éste!*».

El *objet a* lacaniano es una entidad tan paradójica que sólo existe fruto de la búsqueda del sujeto[88].

POR ESO ES ALGO QUE PUEDE ILUSTRARSE mediante una multitud de chistes basados en la misma matriz: «¿Es éste el lugar en el que el duque de Wellington pronunció sus famosas palabras?». «Sí, éste es el lugar, pero nunca pronunció esas palabras». Esas palabras nunca pronunciadas son un Real lacaniano. Se pueden citar ejemplos ad infinítum: «Smith no sólo no cree en fantasmas; ni siquiera le dan miedo»…, hasta llegar al propio Dios, el cual, según Lacan, pertenece a lo Real: «Dios posee todas las perfecciones menos una: no existe[89]».

ES COMO EL CHISTE SOVIÉTICO acerca de Rabinovitch, un judío que quiere emigrar. El burócrata de la oficina de emigración le pregunta por qué: Rabinovitch le contesta: «Hay dos razones. La primera es que me da miedo que los comunistas pierdan el poder en la Unión Soviética, pues entonces habría una revolución, y el nuevo poder nos echaría toda la culpa de los crímenes comunistas a nosotros, los judíos; luego habría pogromos antijudíos y…». «Pero», le interrumpe el burócrata, «eso es completamente absurdo. Nada puede cambiar en la Unión Soviética, el poder de los comunistas durará para siempre». «Bueno», responde entonces Rabinovitch, «ésa es mi segunda razón[90]».

VARIACIONES

• La estructura de esta reconciliación en el Hegel maduro es, de nuevo, la del chiste de Rabinovitch: «Hay dos razones por las que la sociedad moderna se ha reconciliado consigo misma. La primera es la interacción de la sociedad civil…». «Pero la interacción de la sociedad civil es una lucha constante, el mismísimo mecanismo de desintegración, de competencia implacable». «Bueno, ésa es la segunda razón, pues esa mismísima lucha de competencia convierte a los individuos en completamente interdependientes, generando así el vínculo social definitivo[91]».

• ¿Y no nos encontramos aquí de nuevo con la estructura del chiste de Rabinovitch? «¿Qué te hace pensar que te explotan?». «Dos razones. La primera, que cuando trabajo el capitalista se apropia de mi plusvalía». «Pero ahora estás sin trabajo; nadie se apropia de tu plusvalía porque no estás creando ninguna». «Ésa es la segunda razón». Aquí todo gira sobre el hecho de que la totalidad de la producción capitalista no necesita sólo trabajadores, sino que también genera el «ejército de reserva» de aquellos que no pueden encontrar trabajo: estos últimos no sólo quedan fuera de la circulación del capital, sino que esa misma circulación los convierte de manera activa en no-trabajadores. O, por remitirnos de nuevo al chiste de *Ninotchka*, no sólo son no-trabajadores, sino que su no-trabajo es su rasgo positivo, del mismo modo que el «café sin leche» es en la película un rasgo positivo[92].

• Así pues, por relatar de nuevo la experiencia en términos del chiste de Rabinovitch: «Vamos a Jerusalén por dos razones. Primero, queremos encontrar la tumba de Cristo, solazarnos en la presencia de la divinidad». «Pero lo que descubriréis en Jerusalén es que la tumba está vacía, que allí no hay nada que buscar, que allí sólo estáis vosotros, los cristianos». «Bueno, esa comunidad espiritual ES Cristo vivo, y justo eso es lo que todos estamos buscando». Lo mismo se puede decir de la resurrección: «¡Cristo resucitará!». «Pero nosotros, sus seguidores, que lo estamos esperando, no vemos nada». «Cierto, no veis nada. Lo que no veis es que el espíritu de esta comunidad vuestra, el amor que os une, ES el Cristo resucitado». Y lo

mismo se puede decir con más motivo del tema del segundo advenimiento: nada «ocurrirá en realidad», no presenciaremos el milagro de la aparición de Dios, sino que la gente simplemente comprenderá que Dios YA ESTÁ AQUÍ, en el Espíritu de su colectivo[93].

• En la antigua Yugoslavia circulaba una inesperada versión del chiste de Rabinovitch: un oficial pretende educar a un soldado gitano enseñándole poesía. Así que, a fin de explicarle lo que es la rima, le pone un ejemplo: «Toco la balalaica, y me follo a tu madre». (En serbio sí que rima: *Igram balalaiku, yebem tvoiu maiku*). El gitano contesta: «Ah, ya lo entiendo. He aquí otra: "Toco la balalaica, y me follo a tu mujer"». El oficial le replica: «Pero eso no es ninguna rima», a lo que el gitano responde: «No es ninguna rima, pero es verdad». En serbio la gracia es que esta última frase más o menos rima (*Nije rima, ali je istina*), de manera que finalmente sí obtenemos una rima, pero como respuesta a la reacción del oficial a la primera respuesta, que era errónea (pues no había en ella ninguna rima[94]).

• Esto es lo que Hegel utilizaba como el desplazamiento dialéctico en el que el propio predicado se convierte en sujeto; un desplazamiento que, de nuevo, se puede volver a explicar como una versión del chiste de Rabinovitch: «He descubierto la esencia de la feminidad». «Pero nadie puede descubrirla, la feminidad está dispersa, desplazada». «Bueno, esa dispersión ES la esencia de la feminidad[95]».

• Hoy en día, sin embargo, los judíos temen de verdad que, con la desintegración del comunismo y la aparición de fuerzas nacionalistas que defienden abiertamente el antisemitismo, la culpa vuelva a recaer sobre ellos, de manera que hoy podemos imaginarnos con gran facilidad la inversión del chiste, en el que Rabinovitch contestaría a la pregunta del burócrata: «Hay dos razones. La primera es que sé que en Rusia el comunismo durará para siempre, aquí nunca cambiará nada, y esa perspectiva me resulta insoportable». «Pero», le interrumpe el burócrata, «eso es del todo absurdo, los crímenes del comunismo serán severamente castigados». «Ésa es mi segunda razón», contesta Rabinovitch[96].

ASÍ ES COMO UN FENÓMENO puede revelar la verdad precisamente presentándose como una mentira, al igual que el chiste de Freud, a menudo citado por Lacan, en el que un judío le reprocha a su amigo: «¿Por qué me dices que te vas a Cracovia y no a Lemberg, si en realidad te vas a Cracovia?». (Contar la verdad representaba violar el código implícito de engaño que guiaba su relación: cuando uno de ellos se iba a Cracovia, se suponía que tenía que contar la mentira de que se dirigía a Lemberg, y viceversa)[97].

VARIACIONES

• El eje semántico elemental que legitima el gobierno del partido es la oposición entre el socialismo autogestionado y el socialismo estatal y de partido «burocrático». En otras palabras, la burocracia estatal y de partido legitima a su gobierno mediante una ideología que se designa *a sí misma* como el principal enemigo, con lo cual un ciudadano yugoslavo normal podría dirigirle a la burocracia imperante la misma pregunta que le dirigía un judío a otro en el chiste relatado anteriormente: «¿Por qué me dices que el mayor enemigo de la autogestión de los trabajadores es la burocracia estatal y de partido, cuando el mayor enemigo es realmente la burocracia estatal y de partido?»[98].

• Como en una nueva versión del viejo chiste judío: «Eres muy cortés, así que ¿por qué te comportas como si fueras muy cortés?»[99].

• Este misterio del orden simbólico lo ejemplifica la enigmática categoría de lo que denominamos «cortesía»; cuando, al tropezar con un conocido, exclamo: «Me alegro de verte. ¿Cómo estás?», queda claro para ambos que, en cierto modo, «no lo digo en serio» (si mi interlocutor sospechara que de verdad me interesa saber cómo está, incluso podría quedar desagradablemente sorprendido, como si yo pretendiera indagar en algo que resulta demasiado íntimo y que no me incumbe, o, parafraseando el viejo chiste freudiano: «¿Por qué me dices que te alegras de verme cuando *de verdad* te alegras de verme?»[100]).

• Esta diferencia entre las dos apariencias (la manera en que las cosas se nos aparecen *realmente* en contraste con la manera en que *parece* que se nos aparecen) está vinculada a la estructura del chiste freudiano de un judío que se le quejaba a su amigo: «¿Por qué me dices que te vas a Cracovia y no a Lemberg, si en realidad te vas a Cracovia?». Por ejemplo, en el caso del fetichismo de la mercancía, cuando inmediatamente percibo el dinero no como un nexo de relaciones sociales, ni tampoco como un objeto mágico, y sólo lo trato como un fetiche en mi práctica, se me podría reprochar con razón: «¿Por qué dices que el dinero no es más que un nexo de relaciones sociales, cuando en realidad el dinero *no es más que* un nexo de relaciones sociales?»[101].

• Por consiguiente, no podemos por menos que recordar aquí el viejo chiste freudiano del judío que le miente a su amigo acerca del auténtico destino de su viaje a modo de verdad: «¿Por qué Clinton dice que deberían escuchar a los manifestantes, cuando en realidad deberían escuchar a los manifestantes?»[102].

• Así que, a la manera del conocido chiste judío que cuenta Freud («¿Por qué me dices que vas a Lemberg, si en realidad vas a Lemberg?»), el reproche básico implícito que le lanza a una *femme fatale* el bobalicón que cae en sus garras podría formularse como: «¿Por qué te comportas como una fría zorra manipuladora, cuando en realidad no eres más que una fría zorra manipuladora?»[103].

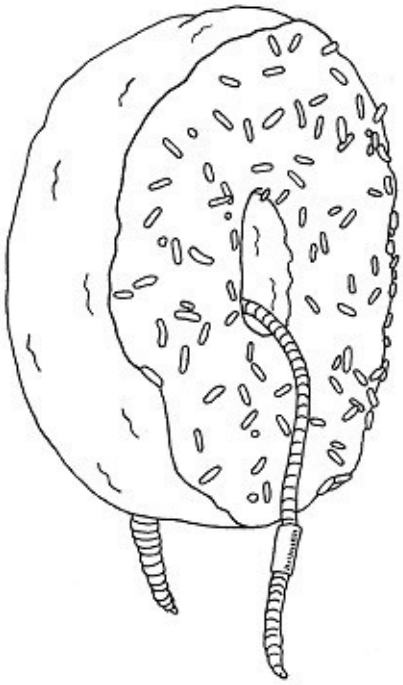
EL EFECTO DE LO REAL aparece en el chiste en el que un paciente se queja a su psicoanalista de que hay un enorme cocodrilo bajo su cama. El psicoanalista le explica que se trata de una alucinación paranoica, y con el tiempo lo acaba curando, con lo que el paciente deja de ver el cocodrilo. Unos meses después, el psicoanalista se encuentra por la calle con un amigo del paciente que veía el cocodrilo y le pregunta si sabe cómo le va, a lo que el amigo contesta: «¿A cuál se refiere? ¿Al que murió porque se lo comió un cocodrilo que estaba escondido debajo de su cama?»[104].

NO OBSTANTE, ÉSTE NO ES MÁS QUE UN ASPECTO de la paradoja del falo; su opuesto nos lo señala un chiste/ acertijo: «¿Cuál es el objeto más ligero de la tierra? El falo, pues es el único que se levanta sólo con el pensamiento[105]».

VARIACIÓN

• La erección depende totalmente de mí, de mi mente (como dice el chiste: «¿Cuál es el objeto más ligero de la tierra? El pene, pues es el único que se levanta sólo con el pensamiento»), y al mismo tiempo es algo que en última instancia no controlo (si no estoy de humor, por mucha voluntad que le ponga no lo conseguiré. Por eso, para San Agustín, el hecho de que la erección escape al control de la voluntad es el castigo divino a la arrogancia y presunción del hombre, a su deseo de convertirse en el amo del universo)[106].

—¿SABES EL CHISTE del estúpido gusano que intenta penetrar un donut?
—No.
—Yo tampoco.



La comedia es una crisis de legitimidad
seguida de la repentina aparición
de una cornucopia

EPÍLOGO DE MOMUS

Hay un chiste que aparece dos veces en mi novela *El libro de las bromas* (una obra en la que se cuenta la historia de una familia completamente a base de chistes). Lo aprendí de Žižek, que se lo atribuye a Freud. «Todos recordamos», afirma Žižek al principio de un ensayo de 2004 titulado *Irak, la tetera prestada,* «ese viejo chiste de la tetera prestada que Freud cita a fin de explicar la extraña lógica de los sueños, a saber, la enumeración de respuestas mutuamente excluyentes a un reproche (que le devolví una tetera rota a un amigo): (1) no te he pedido prestada ninguna tetera; (2) cuando te la devolví no estaba rota; (3) ya estaba rota cuando me la prestaste». ¿Es esto un chiste, un acertijo o un síndrome? Es la forma de una situación, dice Žižek. Una estructura.

Parece que la mente de Žižek posee una gran capacidad para reconocer formas situacionales específicas. Cuando piensa en algo del mundo real, de repente se da cuenta de que ese algo posee la misma estructura básica que alguna situación absurda perteneciente a algún chiste, que a menudo proviene de alguna fuente enormemente respetable: Derrida, Lacan o Freud.

Esta técnica nos transmite de manera estimulante lo que podríamos denominar «la ligereza de la profundidad». Vemos que a los grandes maestros de la filosofía también les gusta jugar, y quizá comenzamos a reconocer la filosofía misma, en su nivel más elevado y más ligero, como algo afín a la risa y la broma; «la sonrisa de los dioses». Algunas situaciones del mundo real pueden ser tan absurdas como un chiste, obviamente risibles, por trágicas que resulten.

La historia, tal como le gusta recordarnos a Žižek —citando a Marx, que a su vez cita a Hegel—, se manifiesta primero como tragedia y luego como farsa. Y la carcajada ante su apariencia de farsa posee un aspecto sublime; nos permite imaginar la redundancia de una serie de ideas, y el nacimiento de una vertiginosa plétora de alternativas. La comedia es una crisis de legitimidad seguida de la repentina aparición de una cornucopia.

Al relatar la historia de la tetera, la situación se vuelve una farsa por exageración. A mi padre le han confiado el cuidado de una planta mientras sus propietarios, encabezados por un menudo y remilgado abogado llamado Bernard Bernardson, que va semidesnudo, se van de vacaciones. Mi padre se olvida por completo de regar la planta, que naturalmente se marchita. Se defiende con la siguiente lista de justificaciones:

1. No le confiaron la planta.

2. De hecho, la planta era suya.

3. Le confiaron la planta, pero él nunca prometió devolverla en buenas condiciones.

4. Le había prometido a los dioses matar la planta, con lo que tan sólo estaba cumpliendo una promesa.

5. A la planta no le pasó absolutamente nada malo.

6. Ojalá nunca hubiera pedido que le confiaran la planta, pues se marchitó en cuanto le puso la vista encima.

7. Este tipo de planta se marchita ya al nacer, o, más bien, no se marchita nunca.

8. La planta se marchitó a pesar de sus esfuerzos. La asoló una plaga de moscas.

9. Marchitarse sólo es malo porque estamos condicionados a pensar que lo es.

10. De hecho, nada le causa más dolor a una planta que la aparición de brotes verdes y sanos.

11. La aparición de brotes verdes y sanos es una abominación.

12. Marchitarse —algo que alegra a las plantas sensatases «la nueva manera» de echar brotes verdes y sanos.

13. Por tanto, marchitarse es bueno, porque la aparición de brotes verdes y sanos es buena.

14. Por el contrario, la aparición de brotes verdes y sanos es abominable, y por tanto marchitarse es abominable.

15. A una planta bajo su cuidado no le podría haber ocurrido algo tan terrible como marchitarse. Por tanto, no se ha marchitado.

16. Las plantas sanas han pasado de moda durante la ausencia de sus dueños.

17. Ésta no es la misma planta que le dejaron.

18. Sin embargo, y a pesar de las apariencias, es una planta sana.

19. ¡Mira, ahí, detrás de ti! ¡Un gatito!

20. La planta se ha suicidado.

En el libro, mi padre es un personaje monstruoso; sin embargo, no podemos evitar que nos caiga simpático. Esta lista de excusas «de tetera prestada» posee una motivación mezquina —encubrir un acto de negligencia—, pero su atenuación, inventiva, ingenio y falta de lógica acaban resultando divertidos y estimulantes, como un cuadro cubista de la situación, que quizá no acaba pareciéndose a «la verdad», pero comienza a encandilarnos con la sensación de que podría ser posible, o como la respuesta de un niño inteligente al Test de Uso de Objetos. Comenzamos a ver, junto a lo meramente razonable, o lo meramente correcto, la posibilidad de una cornucopia.

Como vivimos en una sociedad que prefiere de manera desproporcionada el control a la creatividad, contar la verdad ha sido algo de lo más sobrevalorado. «Cada mentira crea el mundo paralelo en el que es verdad». Éste es un aforismo que sirve de guía para mi *Libro de las Escocias*, una serie de situaciones en las que imagino, de manera delirante, futuros alternativos para mi madre patria del norte de Inglaterra. Las mentiras pueden ser generativas, pueden ayudarnos a estimular nuestra imaginación para abandonar ideas trasnochadas, maneras de pensar sin salida. Los chistes poseen esa misma capacidad; al darle la vuelta a la lógica de los tópicos, basados en maneras de comprender el mundo indudablemente ciertas y correctas, los chistes nos presentan posibilidades alternativas emocionantes y vertiginosas. Los comentaristas políticos usan la expresión «la Ventana Overton». Describe el tipo de programa centrista que un político podría abrazar sin peligro de que lo llamaran rancio o extremista, y la manera en que puede desplazar esa ventana de aceptabilidad unos grados a la derecha o a la izquierda. La obstinada búsqueda de consenso y acuerdo basada, precisamente, en la falta de pensamientos nuevos u originales podría resultar crucial para un político de carrera, pero equivale a la muerte para cualquiera cuyo cerebro esté vivo. Las personas «cuyo cerebro está vivo» —y en esa categoría se encuentran los buenos escritores— seguramente preferirán la lógica de los chistes (que por su mismísima naturaleza no pasan por la Ventana Overton), la transgresión contra el sentido común y la moralidad aceptada y la ruptura de los tabúes.

Digamos que el mundo se divide entre aquellos que quieren ser correctos y aquellos que quieren ser interesantes. Los Correctos siempre están con la mente fija en el poder instrumental sobre el hombre y la naturaleza. Ser correcto es una manera de alcanzar ese poder. Los Interesantes prefieren seducir, cautivar, enseñar, asombrar, influir, indignar y confundir. El poder que poseen se basa en su renuncia al poder real e instrumental.

No querría que el capitán del avión en el que viajo fuera interesante; preferiría que fuera correcto. Pero me gustaría que la película que proyectan durante el vuelo fuera lo más interesante posible. En comparación con lo que ocurre en la cabina, pase lo que pase en la película el avión no se estrellará. En mi propia familia (real), mi hermano, que es profesor de universidad, es el Correcto, y yo soy el Interesante. La primera persona a la que oí hablar de Žižek fue mi hermano, que me lo describió

como «un loco, un exaltado». Interesante, quizá, pero poco de fiar. No un tipo sólido, sino alguien que relata la historia de una manera interesante pero poco fidedigna, alguien que lleva un traje de payaso, un bufón shakespeariano. Mi hermano debería haber sabido que, con una descripción así, iba a convertirme en uno de sus fans.

La poca fiabilidad de Žižek queda subrayada por el hecho de que cuenta una y otra vez los mismos chistes de maneras distintas. Como si en sus textos escenificara una versión sintética de la cultura popular oral en la que se originan los chistes, repite el mismo chiste y lo somete a una serie de cambios, aportando cada vez orígenes, consecuencias y aplicaciones morales distintas.

Žižek se arriesga a parecer ese viejo tío un tanto despistado que siempre encontramos en las bodas, que no recuerda que ya nos contó el mismo chiste en otra reunión familiar hace poco, o a lo mejor lo recuerda, pero el chiste le parece tan divertido y tan eficaz que no puede evitar contarlo otra vez, pero con sus atribuciones, origen, formulación, longitud y grado de obscenidad adaptados (de manera sospechosa, podríamos decir) al nuevo contexto.

Así, el chiste de la novia («Mi novia nunca llega tarde a una cita, porque, en el momento en que llega tarde, ya no es mi novia») hace su aparición en varios de sus libros, y Žižek lo atribuye tanto a Lacan como a un «viejo proverbio», y lo interpreta, al igual que el de la tetera rota, de maneras diversas e incompatibles. Según Žižek, y según la situación, el chiste de la novia implica:

1. Que «el Pueblo siempre apoya al Partido, porque cualquiera que forme parte del Pueblo y se oponga al Partido queda automáticamente excluido del Pueblo».

2. Que «si amas a Dios puedes hacer lo que quieras, porque, cuando haces algo malo, ésa es la prueba de que en realidad no amas a Dios».

3. Que «una Verdad nunca se impone, porque, en cuanto la fidelidad a la Verdad funciona como una imposición excesiva, ya no tratamos con una Verdad, con la fidelidad a una Verdad-Suceso».

4. Que «nunca cometo un error al aplicar una regla, puesto que lo que yo hago define la regla».

5. Y, lo más aforístico de todo, que «aquí la prometida también se reduce a su función simbólica de prometida». En términos de otro de los chistes favoritos de Žižek: ¿por qué afirma ser una prometida cuando de hecho es una prometida?

Permitir que Žižek simplifique situaciones complejas hasta que se puedan identificar con chistes posee ventajas para el lector. Es como si el chiste se hubiera convertido para Žižek en lo mismo que el álgebra para su antiguo aliado y rival Badiou: la manera más concisa que Žižek conoce de resumir una forma situacional

universal. Al contrario que el álgebra, sin embargo, el chiste conlleva, simplemente por ser un chiste, la implicación liberadora de que la situación descrita ya no es razonable ni inevitable de manera inherente. Identificarla con algo risible nos da la impresión de que se trata, a su vez, de algo que podemos dejar atrás. En este sentido, la risa es revolucionaria.

No contento con utilizar sólo una vez el chiste de la tetera de Freud que cuenta Žižek en *El libro de las bromas*, vuelvo a él con un chiste sobre una muñeca. Luisa se queja de que su padre ha cogido prestada una muñeca llamada Hanna y la ha devuelto rota:

> —Eso es lo peor de todo —respondió Luisa—. Para empezar, me dijo que nunca había tomado prestada la muñeca y que cuando me la devolvió, Hanna no estaba rota. Entonces añadió que Hanna ya estaba rota cuando la tomó prestada por primera vez y que, en realidad, una muñeca rota es más bonita que una que no lo está, por lo que era una verdadera lástima que, de hecho, Hanna no estuviera rota…
>
> —¡Pero *sí* que estaba rota!
>
> —Sí, y bien rota que estaba. Entonces me contó que, de algún modo, una muñeca rota está entera y una que no lo está, está dividida.
>
> —¡Está pirado!
>
> —Continuó diciendo que Hanna estaba y no estaba rota, según cómo uno lo mirara. Entonces añadió que, aunque la muñeca era mía, la rotura era de él y que había roto a Hanna por su propio bien. Entonces papá se echó a llorar y dijo que nada podría reemplazar a la Hanna rota, así que «¡Ten, nada!», e hizo como si me hiciera entrega de nada.
>
> —Será posible… El muy hijoputa.
>
> —Y aquí no se acaba la cosa. Me dijo, bastante en serio, que lo que importaba ahora no era que la muñeca no estuviera rota, sino cómo ésta nos había roto el corazón, cómo en consecuencia había hecho de nosotros un todo y cómo así nos había unido. «Esta no-muñeca, Hanna, nos ha roto a todos», dijo, «y por lo tanto nos ha curado a todos». Al llegar a este punto, yo también estaba llorando. Papá es un viejo y astuto cabronazo.
>
> —Sí, eso también[107].

Cuando digo que Žižek es mi padre, no lo digo del todo en broma.

BIBLIOGRAFÍA

2012 *The Year of Dreaming Dangerously*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *El año que soñamos peligrosamente*. Trad. de José Antonio Antón Fernández. Madrid: Akal, 2013].

2012 *Less Than Nothing: Hegel and the Shadow of Dialectical Materialism*. Londres: Verso.

2010 *Living in the End of Times*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *Viviendo el fin de los tiempos*. Trad. de José María Amoroto Salido. Madrid: Akal, 2012].

2009 *Philosophy in the Present*. Cambridge: Polity (con Alain Badiou).

2009 *Mythology, Madness and Laughter: Subjectivity in German Idealism*. Londres / Nueva York: Continuum International Publishing Group (con Markus Gabriel).

2009 *First As Tragedy, Then As Farce*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *Primero como tragedia, luego como farsa*. Trad. de José María Amoroto Salido. Madrid: Akal, 2011].

2009 *In Search of Wagner (Radical Thinkers)*. Londres: Verso. (Textos escogidos de Theodor W. Adorno con una introducción de Žižek).

2009 *The Monstrosity of Christ: Paradox or Dialectic*? Cambridge, Massachusetts: MIT Press (con John Milbank).

2008 *Violence: Big Ideas/Small Books*. Nueva York: Picador. [Ed. esp.: *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Trad. de José Antonio Antón Fernández. Barcelona: Paidós, 2009].

2008 *In Defense of Lost Causes*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *En defensa de las causas perdidas*. Trad. de Francisco López Martínez. Madrid: Akal, 2011].

2006 *How to Read Lacan*. Londres: Granta Books.

2006 *The Parallax View*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.

2006 *The Universal Exception*. Londres / Nueva York: Continuum International Publishing Group.

2005 *Interrogating the Real*. Londres / Nueva York: Continuum International Publishing Group.

2004 *Iraq: The Borrowed Kettle*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *Irak, la tetera prestada*. Trad. de Luis Álvarez Mayo. Madrid: Losada, 2006].

2003 *The Puppet and the Dwarf: The Perverse Core of Christianity*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.

2003 *Organs Without Bodies*. Londres: Routledge. [Ed. esp.: *Órganos sin cuerpo: sobre Deleuze y consecuencias*. Trad. de Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: PreTextos, 2006].

2002 *Revolution at the Gates: Žižek on Lenin, the 1917 Writings*. Londres: Verso.

2002 *Welcome to the Desert of the Real*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *Bienvenidos al desierto de lo real*. Trad. de Cristina Vega Solís. Madrid: Akal, 2013].

2001 *On Belief*. Londres: Routledge.

2001 *Opera's Second Death*. Nueva York: Routledge.

2001 *The Fright of Real Tears: Krzysztof Kieślowski Between Theory and Post-Theory*. Londres: British Film Institute (BFI).

2001 *Did Somebody Say Totalitarianism*? Londres: Verso. [Ed. esp.: *¿Quién dijo totalitarismo?: cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*. Trad. de Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-Textos, 2002].

2000 *The Fragile Absolute: Or, Why is the Christian Legacy Worth Fighting For*? Londres: Verso. [Ed. esp.: *El frágil absoluto, o ¿por qué merece la pena luchar por el legado del cristianismo?* Trad. de Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-Textos, 2002].

2000 *The Art of the Ridiculous Sublime: On David Lynch's Lost Highway*. Seattle: University of Washington Press.

2000 *Contingency, Hegemony, Universality* (con Judith Butler y Ernesto Laclau). Londres: Verso.

1999 *The Ticklish Subject*. Londres: Verso.

1997 *The Plague of Fantasies*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *El acoso de las fantasías*.

Trad. de Clea Braunstein Saal. Madrid: Siglo XXI, 2010].

1996 *The Indivisible Remainder: Essays on Schelling and Related Matters*. Londres: Verso.

1994 *The Metastases of Enjoyment*. Londres: Verso.

1993 *Everything You Always Wanted to Know About Lacan… But Were Afraid to Ask Hitchcock*. Londres: Verso.

1993 *Tarrying with the Negative*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press.

1992 *Enjoy Your Symptom*! Nueva York: Routledge.

1991 *Looking Awry*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.

1991 *For They Know Not What They Do*. Londres: Verso.

1989 *The Sublime Object of Ideology*. Londres: Verso. [Ed. esp.: *El sublime objeto de la ideología*. Trad. de Isabel Vericat Núñez. Madrid: Siglo XXI, 1992].

SLAVOJ ŽIŽEK (nacido el 21 de marzo de 1949 en Ljubljana, Eslovenia) es un filósofo, psicoanalista y crítico cultural. Es investigador *senior* en el Instituto de Sociología y Filosofía de Ljubljana, director internacional del Instituto Birckbeck para las Humanidades de la Universidad de Londres, y profesor de filosofía y psicoanálisis en la European Graduate School. También ha sido profesor invitado en diversas instituciones académicas, como la Universidad de Columbia, la Universidad de Princeton, la New School for Social Research de Nueva York y la Universidad de Míchigan, entre otras.

Žižek escribe sobre una amplia variedad de temas, que van desde la teoría política, la crítica cinematográfica y los estudios culturales hasta la teología, la filosofía de la mente y el psicoanálisis. Se define a sí mismo como «hegeliano en filosofía, lacaniano en psicología y marxista en política». Asimismo, es un destacado referente teórico de la izquierda política actual.

Entre su amplia bibliografía en español se encuentra: *El sublime objeto de la ideología* (1992), *Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Lacan y nunca se atrevió a preguntarle a Hitchcock* (1994), *El acoso de las fantasías* (1999), *Mirando al Sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular* (2000), *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política* (2001), *Repetir Lenin* (2004), *El títere y el enano. El núcleo perverso del cristianismo* (2005), *Bienvenidos al desierto de lo real* (2005), *Visión de Paralaje* (2006), *Lacrimae Rerum. Ensayos*

sobre cine moderno y ciberespacio (2006), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (2009), *En defensa de causas perdidas* (2011), *Primero como tragedia, después como farsa* (2011), *Filosofía y actualidad. El debate* (2012), *Vivir en el fin de los tiempos* (2013), *El dolor de Dios. Inversiones del Apocalipsis* (2014).

Notas

[1] *Less Than Nothing* (Londres: Verso, 2012), 94-95. <<

[2] *The Year of Dreaming Dangerously* (Londres: Verso, 2012), 39-40. <<

[3] *Less Than Nothing* (Londres: Verso, 2012), 599. <<

[4] Ibíd., 538. <<

[5] Ibíd., 89. <<

[6] Ibíd., 325. <<

[7] Ibíd., 277. <<

[8] Ibíd., 494. <<

[9] Ibíd., 422. <<

[10] Ibíd., 696-697. <<

[11] Ibíd., 708-709. <<

[12] La novela de Melville comienza con las palabras «Llamadme Ismael». (*«Call me Ishmael*»). Si añadimos una coma, el significado pasa a ser «¡Llámame, Ismael!». *(N. del T.)*. <<

[13] Ibíd., 745-746. <<

[14] Ibíd., 765-766. <<

[15] Ibíd., 788. <<

[16] Ibíd., 768. <<

[17] *Living in the End Times* (Londres: Verso, 2010), 27. <<

[18] Ibíd., 401-402. <<

[19] *The Monstrosity of Christ: Paradox or Dialectic*? (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2009), 42. <<

[20] Ibíd., 286. <<

[21] *Living in the End Times*, 299-300. <<

[22] *Violence: Big Ideas/Small Books* (Nueva York: Picador, 2008), 11. <<

[23] *In Defense of Lost Causes* (Londres: Verso, 2008), 268. <<

[24] Ibíd., 306-307. <<

[25] *The Monstrosity of Christ*, 270. <<

[26] *The Sublime Object of Ideology* (Londres: Verso, 1989), 147. <<

[27] *For They Know Not What They Do* (Londres: Verso, 1991), 173. <<

[28] *In Defense of Lost Causes*, 318. <<

[29] Ibíd., 331. <<

[30] *How to Read Lacan* (Londres: Granta Books, 2006), 69-70. <<

[31] *The Parallax View* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2006), 64. <<

[32] Ibíd., 109-110. <<

[33] Ibíd., 178-179. <<

[34] Ibíd., 351. <<

[35] *How to Read Lacan*, 43. <<

[36] *The Parallax View*, 353. <<

[37] Ibíd., 401. <<

[38] Ibíd. <<

[39] Ibíd., 413. <<

[40] *Interrogating the Real* (Londres: Continuum International Publishing Group, 2005), 13. <<

[41] *Iraq: The Borrowed Kettle* (Londres: Verso, 2004), 4. <<

[42] *Violence*, 44. <<

[43] *Iraq*, 70. <<

[44] Ibíd., 132. <<

[45] *The Puppet and the Dwarf: The Perverse Core of Christianity* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2003), 49. <<

[46] Ibíd., 101. <<

[47] Ibíd., 137-138. <<

[48] Ibíd., 182. <<

[49] *Organs Without Bodies* (Nueva York: Routledge, 2003), 58-59. <<

[50] Ibíd., 60. <<

[51] Ibíd., 61. <<

[52] «*Include me out*» para decir «Exclúyame». Todavía se utiliza en un sentido humorístico. *(N. del T.)*. <<

[53] Ibíd., 77-80. <<

[54] Ibíd., 158. <<

[55] *Tarrying with the Negative* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 1993), 74. <<

[56] *Revolution at the Gates: Žižek on Lenin, the 1917 Writings* (Londres: Verso, 2002), 206. <<

[57] *Welcome to the Desert of the Real* (Londres: Verso, 2002), 1. <<

[58] Ibíd., 3. <<

[59] Ibíd., 77. <<

[60] Ibíd., 92. <<

[61] *On Belief* (Londres: Routledge, 2001). <<

[62] *The Fright of Real Tears: Krzysztof Kieslowski Between Theory and Post-Theory* (Londres: British Film Institute, 2001), 29. <<

[63] *Did Somebody Say Totalitarianism*? (Londres: Verso, 2001), 147. <<

[64] Ibíd., 190. <<

[65] *The Fragile Absolute: Or, Why Is the Christian Legacy Worth Fighting For*? (Londres: Verso, 2000), 50. <<

[66] Ibíd., 50-51. <<

[67] Ibíd., 53-54. <<

[68] «Huevos a los ojos» es la expresión serbocroata para designar los huevos fritos. Naturalmente, sin la expresión se pierde la gracia del chiste. *(N. del T.)*. <<

[69] *The Plague of Fantasies* (Londres: Verso, 1997), 25. <<

[70] Ibíd., 39. <<

[71] Ibíd., 46. <<

[72] Ibíd., 110. <<

[73] Ibíd., 172. <<

[74] Ibíd., 179. <<

[75] Ibíd., 188-189. <<

[76] *The Indivisible Remainder: Essays on Schelling and Related Matters* (Londres: Verso, 1996), 198. <<

[77] *Everything You Always Wanted to Know About Lacan… But Were Afraid to Ask Hitchcock* (Londres: Verso, 1993), 44. <<

[78] *Tarrying with the Negative*, 244. <<

[79] Ibíd., 268. <<

[80] *Enjoy Your Symptom*! (Londres: Routledge, 1992), 10. <<

[81] *The Sublime Object of Ideology*, 6-7. <<

[82] Ibíd., 29. <<

[83] Ibíd., 64. <<

[84] *The Metastases of Enjoyment* (Londres: Verso, 1994), 143. <<

[85] *The Sublime Object of Ideology*, 65. <<

[86] Ibíd., 66. <<

[87] Ibíd., 159. <<

[88] Ibíd., 160. <<

[89] Ibíd., 163. <<

[90] Ibíd., 175-176. <<

[91] *Less Than Nothing*, 243. <<

[92] Ibíd., 1003. <<

[93] Ibíd., 503-531. <<

[94] Ibíd., 535. <<

[95] Ibíd., 538. <<

[96] *For They Know Not What They Do*, 1. <<

[97] *The Sublime Object of Ideology*, 197. <<

[98] Ibíd., 198. <<

[99] *In Defense of Lost Causes*, 13. <<

[100] *The Plague of Fantasies*, 110-111. <<

[101] *The Universal Exception* (Londres: Continuum International Publishing Group, 2006), 316. <<

[102] *Organs Without Bodies*, 145. <<

[103] *The Art of Ridiculous Sublime: On David Lynch's Lost Highway* (Seattle: University of Washington Press, 2000), 16. <<

[104] *The Sublime Object of Ideology*, 212. <<

[105] Ibíd., 223. <<

[106] *The Ticklish Subject* (Londres: Verso, 1999), 382-383. <<

[107] De *El libro de las bromas*, de Momus (Alpha Decay, 2012). Traducción de Mónica Sumoy Gete-Alonso. *(N. del T.)*. <<